LITERATURA UNIVERSAL

Los árboles del orgullo

Gilbert Keith Chesterton

Los árboles del orgullo

Gilbert K. Chesterton

Century Carroggio

Derechos de autor © 2022 Century Publishers s.l.

Reservados todos los derechos.

Introducción al autor y su obra: Juan Leita

Traducción: Santiago Carroggio

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Introducción al autor y a la serie
1 El cuento de los árboles "pavo real"
2 La apuesta del squire Vane
3 El misterio del pozo
4 La persecución de la verdad

Introducción al autor y a la serie

La serie de Century Carroggio sobre Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) comprende varios títulos del inolvidable detective Padre Brown, considerado por muchos como cima literaria en el género policial.

En el presente volumen, *Los árboles del orgullo*, Chesterton nos hace reflexionar, a través de distintos personajes, supersticiones y sorprendentes situaciones, acerca de la permanencia de otros tipos de saber diferentes a la racionalidad científica con la que el entendido se muestra tan seguro, la idea de que la sabiduría de «la gente sencilla» posee un fondo que puede llegar a ser muy certero, aunque falle en las formas. Se trata al fin de la necesidad de encontrar la verdad, algo siempre difícil por los prejuicios de unos y las supersticiones de otros.

La colección incluye también *El hombre que sabía demasiado* (1922), al que nos referiremos más adelante, y *El poeta y los lunáticos* (1929), que no es exactamente una novela, sino más bien una sucesión de episodios entrelazados, en los que un aparente loco -el poeta y pintor Gabriel Gale- da muestras de su increíble capacidad para captar la importancia de detalles que permanecen ocultos o apenas visibles a los ojos de "la gente cuerda". Las técnicas deductivas del excéntrico Gale para anticipar un delito o resolver una atrocidad sorprenden al lector por su originalidad y humor. En algunos pasajes de *El poeta y los lunáticos*, se contienen varias críticas veladas de Chesterton a intelectuales y representantes políticos de su tiempo, que contrastan con la clarividencia protagonista.

Por *Juan Leita*:

Hace ya algunos años Caroly Wells, autora americana de numerosas novelas policíacas y de misterio, escribía en una revista quejándose de la mala crítica que solía hacerse de este género literario. «Es evidente -decía la escritora- que la tarea de hacer la crítica de aventuras detectivescas se confía a personas a quienes no les gustan las narraciones de esta índole. Semejante proceder no es razonable. No se envía un libro de poesías a una persona que odia la poesía. Una novela de costumbres modernas no se somete a juicio de un moralista severo que considera inmorales todas las novelas. Si se someten a juicio crítico las novelas policiales y de misterio, justo es que sean criticadas por aquellas personas que comprenden por qué se escribieron tales historias.»

Incomprensiblemente, aún hoy persiste esta irregularidad observada por Caroly Wells, al tiempo que no se comprenden todavía las causas que han originado la creación de la novela policíaca. No hace mucho, por ejemplo, un psicólogo pretendía resumir en último análisis toda la esencia e historia del género en el complejo de Edipo. Cualquier narración policíaca se basaría en el mismo esquema: el asesino es el hijo y la víctima es el padre, y al final el castigo recae sobre él como una maldición. Especificando algo más la teoría, se afirma que la oposición asesino-víctima nos remite a una imagen más amplia: el malhechor se rebela contra la sociedad que representa aquí el superego paterno. Desde este punto de vista se intenta explicar la evolución de la novela policíaca. Al principio nos hallamos en pleno patriarcado: domina la sociedad y el detective sirve para proteger a sus «hijos» y preservarles del peligro. Es la representación del padre que crea los investigadores de la época clásica. En la segunda etapa, el policía llega a estar tan corrompido como el criminal, oponiéndose con frecuencia al orden que debería defender: es la novela policíaca «negra» que expresa fundamentalmente una rebeldía general contra la dominación de la sociedad-padre. En la tercera etapa, calmada la rebeldía, el hijo acepta nuevamente la protección paternal: es el agente de contraespionaje que pretende proteger al ciudadano y a toda la nación del peligro que se perfila a lo lejos.

Si ya en general se advierte que esta visión ha sido forjada por alguien que solo ve y ama la psicología y el psicoanálisis, en concreto el simplismo y la vaguedad de la teoría se advierten en seguida al abordar la obra policíaca de G. K. Chesterton. En efecto, en todas sus narraciones aparece un *leitmotiv* que contradice abiertamente el esquema edipiano. Lo que se repite y se desarrolla en sus personajes principales y en sus peripecias es el interés por el hombre, por el hombre no en sus cualidades más brillantes y excepcionales, sino en sus cualidades ordinarias y naturales.

Chesterton pone al hombre delante de todo como una realidad única e indivisa, el hombre que cada uno de nosotros somos, en cuanto poseemos la misma naturaleza, en cuanto llevamos el mismo destino y somos capaces de los mismos goces, de los mismos sufrimientos, de las mismas sublimidades y las mismas bajezas: algo grande que hemos de reverenciar incluso en los más despreciados e ignorantes de una sociedad concreta.

En sus narraciones, Chesterton concede una importancia decisiva a las cualidades y nociones primeras, verdades no aprendidas, intuiciones naturales, comunes a todos los seres humanos, que se hallan al alcance de todos sin distinción. Por esto confía más en el sentido común de un cualquiera, del hombre de la calle, que en la eficacia rectora de las minorías intelectualmente selectas, cuyo juicio

suele estar deformado por el hábito de la simplificación abstracta y la linealidad de la especialización.

En una de sus múltiples discrepancias con Bernard Shaw afirmaba, por ejemplo: «Bernard Shaw no puede comprender que lo valioso, lo estimable a nuestros ojos, es el hombre, el viejo bebedor de cerveza, forjador de credos, luchador, frágil y sensual». Esto le lleva, lógicamente, a la idea de la igualdad humana. En el fondo, no existen las oposiciones mayor-menor, superior-súbdito, padre-hijo. «Todos los hombres son iguales como todos los peniques son iguales, ya que su único valor es el de llevar la imagen del rey.» «Todos los hombres pueden ser criminales si son tentados. Todos los hombres pueden ser héroes si son inspirados.» «La verdad psicológica fundamental no es que ningún hombre puede ser un héroe para su ayuda de cámara. La verdad psicológica fundamental es que ningún hombre es un héroe para sí mismo. Cromwell, según Carlyle, fue un hombre fuerte. Según Cromwell, fue un hombre débil.»

Si atendemos ahora al personaje principal de sus narraciones policíacas (el padre Brown), veremos que estas ideas coinciden plenamente con su imagen. Su aspecto físico es anodino e insignificante. Brown es el apellido que acapara más páginas en la guía telefónica inglesa. En realidad, no se trata ni del hombre que se rebela contra la sociedad ni del héroe que pretende proteger al ciudadano y a toda la nación del peligro que les amenaza. Se trata más bien del hombre vulgar, del hombre común que no posee ninguna relevancia especial: Es el hombre de la calle. Ni siquiera su sotana le confiere un atributo o una dignidad particular. En la sociedad concreta en que vive, la sotana es un signo de desprecio, de postergación: el despreciable cura *papista*. De hecho, parece como si Chesterton haya revestido a su personaje con este atuendo católico por este único motivo. El padre Brown nunca aparece cumpliendo los deberes estrictamente sacerdotales. Nunca le vemos diciendo misa ni atendiendo a los fieles en una parroquia. Ya Agatha Christie se admiraba de «este clérigo vagabundo que aparece en todas partes, incluso en los lugares más insospechados». En realidad, el padre Brown no es ninguna representación del padre. Lo que ha tipificado Chesterton con su personaje es lo más despreciable de su sociedad, para hacer ver que lo que interesa es el hombre con sus cualidades ordinarias y naturales, con su sentido común, con su instinto forjador de credos, con su fragilidad.

La crítica ha achacado a las narraciones policíacas de G. K. Chesterton el hecho de que nunca deje pistas al lector. Nunca aparece un proceso lógico a través del cual pueda deducirse la solución del misterio. El padre Brown o el investigador que protagoniza la historia intuye simplemente la clave del problema y su explicación. Esto

obedece evidentemente a los principios chestertonianos indicados anteriormente. Se trata de poner de relieve la intuición natural, las cualidades y nociones primeras, comunes a todos los hombres, que se hallan al alcance de todos sin distinción. El padre Brown se imagina simplemente lo que él podría haber hecho en el caso de ser tentado, ya que también él podría haber sido el criminal. Su bondad y su inteligencia no son prerrogativas de una minoría o de un estamento social privilegiado, sino de la misma naturaleza humana, única e indivisa: algo grande que se encuentra en cualquiera de nosotros.

Un crítico agnóstico se admiraba de encontrar en boca de «este sacerdote dedicado a Dios» frases como estas: «Todo me ata a Inglaterra, es mi cuna, mi hogar, y lo más extraño es que de esta Inglaterra, aunque usted la quiera y pase en ella su vida, no saca usted más que la cabeza caliente y los pies fríos; siempre es para uno un enigma». De hecho, el error de este crítico agnóstico, al estilo de muchos «no creyentes» que en casos semejantes dejan ver ingenuamente su formación y concepción ortodoxa, es creer que el padre Brown es «un sacerdote dedicado a Dios». No se trata de un hombre dominado enteramente por transcendentalismos y visiones apartadas del mundo. No se trata de un individuo que forzosamente deba adecuarse a los moldes estereotipados de un partido o de un sistema. Se trata simplemente del hombre que ama la tierra que pisa, el mundo concreto en que vive, con la capacidad natural de cuestionarlo y de oponerse a su propia insatisfacción. El mismo crítico denunciaba en el padre Brown la tendencia moralista de convertir a Flambeau. En realidad, según Chesterton, Flambeau no se convierte al padre Brown ni a ninguna iglesia, sino que los dos se convierten, a pesar de sus diferencias notables, en un mismo hombre: el sano pensador exento de prejuicios, el simple conocedor de la naturaleza humana, el defensor a ultranza de la bondad, el buen bebedor de whisky escocés.

La crítica ha achacado también a Chesterton el introducir a Dios en la novela policíaca. El padre Brown sería, según esto, el representante terrenal de un Dios padre que vela sobre sus hijos en medio de la maldad y del crimen. El simplismo teórico y la incapacidad de desembarazarse de concepciones preestablecidas vuelven a aparecer incomprensiblemente en el marco todavía falseado de la crítica de la novela policíaca. Porque, si algo hay que observar, ante todo, no es que Chesterton introduzca divinismo en el género, sino más bien humanismo. Hemos hablado ya de las características esenciales y de lo que significa este «pequeño cura papista». En su sociedad concreta, no puede aparecer como el representante terrenal de un Dios-padre, sino en todo caso como el representante de los desheredados y de los despreciables de la humanidad. El padre Brown no es un predicador

de mensajes ultramundanos, sino aquel que transmite vívidamente las cualidades más íntimas y apreciables de la naturaleza humana. Esto es lo que capta Flambeau. Esto es lo que capta cualquier lector sano. En el fondo, a quien en realidad está más allá del confesionalismo, el padre Brown le ha de suscitar la misma simpatía que suscitaban al payaso de Heinrich Boll sus dos católicos: el papa Juan y sir Alec Guiness.

La técnica de las narraciones policíacas de G. K. Chesterton sigue fielmente los principios enunciados por él como base necesaria para una buena historia del género. La primera característica es que la clave sea simple. Durante toda la narración debe existir la expectación del momento de la sorpresa, pero esta sorpresa debe durar tan solo un momento. Los escritores de cuarta categoría piensan que su cometido es desentrañar detenidamente una complicada e improbable serie de acontecimientos. El resultado puede ser lógico, pero no sensacional. Para comprobarlo, nos dice Chesterton, imaginémonos un jardín oscuro a la hora del crepúsculo. Una voz terrible se va acercando hacia nosotros. Es un grito dado por uno de los personajes de la historia, un personaje desconocido y siniestro o tal vez uno ya familiar. Es evidente que el grito que tal personaje deje escapar ha de ser algo breve y sencillo, como: « ¡El asesino es el mayordomo!». Pero el personaje no puede quebrar el silencio del oscuro jardín gritando en voz alta: «El emperador se cortó la garganta en las siguientes circunstancias: su majestad imperial estaba afeitándose, y, en medio de la operación, se quedó dormido, fatigado por los quehaceres del estado. El arcediano pretendió, en un principio con espíritu cristiano, acabar de afeitar al monarca dormido, cuando repentinamente se sintió tentado a cometer el asesinato, al recordar la ley de separación entre iglesia y estado. Pero se arrepintió, después de ocasionarle un simple rasguño, y arrojó la navaja al suelo. El fiel mayordomo, al oír el alboroto, entró de improviso y arrebató el arma. Más en la confusión del momento, en vez de cortarle la garganta al arcediano, se la cortó al emperador. Así todo termina satisfactoriamente, y el joven y la chica pueden dejar de sospechar el uno del otro de ser el autor del asesinato, y se casan». «Esta explicación -nos dice Chesterton-, aunque razonable y completa, no puede ser emitida convenientemente en forma de exclamación, ni puede resonar de repente en el oscuro jardín a manera de sentencia. Cualquiera que haga la prueba de gritar fuerte el párrafo mencionado, en su propio jardín a la hora del crepúsculo, se dará cuenta de la dificultad a que me refiero.»

La segunda característica de una buena historia policíaca es, según él, que por su extensión debería parecerse más a la narración corta que a la novela. La principal dificultad de una narración larga de este género estriba en que, después de todo, la novela policial es un drama

de caretas y no de caras. Cuenta más bien con los seudodistintivos del personaje que con los reales. Hasta llegar al último capítulo, el autor no puede contar ninguna de las cosas más interesantes de los personajes principales. El drama se basa precisamente en el simple falso concepto de la realidad. «Es un baile de máscaras, en donde todos se disfrazan de otra persona diferente a sí mismos, y no existe el verdadero interés personal hasta que el reloj da las doce.» No podemos penetrar en la psicología y filosofía de los personajes, hasta que hayamos leído el último capítulo. «Por esto opino que lo mejor de todo es que el primer capítulo sea también el último.»

Dejando por un momento aparte la aplicación de esta técnica a sus propias narraciones, no hay duda de que estos principios de Chesterton enunciados ocasionalmente a comienzos de siglo constituyen unos elementos de juicio muy precisos por lo que se refiere a las obras del género en su totalidad. Con el tiempo, tanto los hechos como la crítica le han dado la razón en este punto. Por lo que atañe a la primera característica, resulta muy fácil ahora reconocer en ella la misma esencia del suspense. Lo que importa es saber mantener con maestría la expectación del momento de la sorpresa, del punto crucial y rápido en que se resuelve casi intuitivamente el problema.

Alfred Hitchcock ha insistido repetidas veces en que poco importa la lógica. Poco importa la explanación detallada del hilo interno que enlaza la variada y compleja gama de sucesos. Lo que interesa es saber mantener, aunque sea con la punta de un simple bastón o el mero hecho de fregar el suelo, el ansia del espectador por algo que finalmente le asombre y le sorprenda.

Por lo que se refiere a la segunda característica, la mayoría de los críticos ha reconocido que las mejores historias policiales o de crímenes se encuentran en breves narraciones que apenas alcanzan las veinte páginas. Desde Poe hasta William Irish, el género policíaco ha condensado lo mejor de sus frutos en peripecias que no pasaban del primer capítulo. Los asesinatos de la calle Morgue y La ventana indiscreta son ya dos exponentes extremos de esta verdad. Con todo, es imposible soslayar el hecho de que, como lo recuerda también Chesterton, «nunca han existido mejores novelas policiales que la antigua serie de Sherlock Holmes».

Sir Arthur Conan Doyle abordó en poquísimas ocasiones la narración auténticamente extensa. Sus numerosas historias son breves y concisas. El baile de máscaras ha de tener un límite más bien próximo. El lector avezado al género habrá podido comprobarlo ya por sí mismo. En múltiples novelas basta leer el primer capítulo, que constituye el planteamiento de la historia, y el último, que es el desenlace, para conocer perfectamente todo lo que ha ocurrido.

Si pasamos ahora a considerar la aplicación de estos principios

chestertonianos a sus propias narraciones, observaremos ante todo que la segunda característica técnica fue siempre seguida fielmente por el creador del padre Brown. Descartando su obra *El hombre que fue jueves*, que algún crítico ha calificado de novela policíaca «metafísica», aun cuando nosotros pensamos que se trata de un juicio demasiado vago y alambicado, las historias policíacas de G. K. Chesterton corresponden siempre al género del cuento o de la novela corta. La crítica le ha acusado de que no atiende al rasgo psicológico del personaje. Pero ello obedece, evidentemente, a su concepción del relato policíaco. No puede haber tiempo para la descripción de las auténticas cualidades personales de los personajes. Las máscaras aparecen furtivamente en función del único capítulo que en verdad interesa. En cuanto a la primera característica, el suspense de las narraciones de Chesterton posee la peculiaridad de ser un suspense intelectual y especulativo. La expectación del momento de la sorpresa no se mantiene, por lo general, a base de peripecias anecdóticas ni de trucos secundarios, sino predominantemente por el desarrollo de la reflexión ideológica y por la exposición de los contenidos conceptuales que implica la situación concreta. Esta peculiaridad puede resultar, sin duda, chocante e incluso molesta para el lector común de novelas policíacas, dado más bien a la evasión de tipo imaginativo y poco acostumbrado a la especulación de carácter ideológico. Se trata de la misma incomodidad que suele sentirse ante la magistral introducción de Edgar Allan Poe a *Los asesinatos de la calle Morgue*. En el caso de Chesterton, sin embargo, hay que reconocer que la dificultad se agudiza. En el fondo, solo aquel que está familiarizado con su rápido y agudo proceso intelectual, característico de sus obras de ensayo, puede seguir con pasión sus relatos policíacos. Únicamente aquel que es capaz de seguir por menudo al autor de *Herejes*, *Ortodoxia* y *El hombre perdurable*, de quien Gilson dijo que «fue una de las inteligencias más poderosas que ha producido Europa», puede disfrutar por entero de sus intrigas criminales urdidas a base de razonamientos y de disquisiciones ideológicas.

Con todo, es indudable que cualquier lector captará algo de la variada gama de valores que se presenta en esta serie de narraciones. Las situaciones ingeniosas abundan por doquier, e incluso el catador de bue.na literatura se dará cuenta de que se halla ante un maestro. La muestra de la espada rota, por ejemplo, constituye un bello exponente de narración literaria, aun prescindiendo de su ingeniosidad y de su carácter específicamente policíaco. Pero, de hecho, si dejamos a un lado el juicio crítico de aquellos a quienes no les gustan las historias policiales y de misterio y atendemos al criterio de aquellas personas que comprenden por qué se escribieron tales historias, tendremos que reconocer que la obra policíaca de G. K. Chesterton contiene valores

decisivos dentro del género. Ellery Queen, por ejemplo, cree que *El candor del padre Brown* es el mejor libro de narraciones detectivescas después de *Las aventuras de Sherlock Holmes* de Sir Arthur Conan Doyle. El género policíaco, considerado siempre como un género literario de escasa categoría, ha sido denigrado además, especialmente por parte de los sectores más intelectuales, con la observación de que es un producto de pura evasión y de imaginaciones infantiles. El mismo Chesterton se hizo eco de este reproche en su autobiografía: «gente frívola piensa que es caer muy bajo ponerse a escribir cuentos, incluso cuentos de crímenes, como yo; que para algunos es equivalente a formar parte de las clases criminales». Con la selección de narraciones que aquí presentamos, sin embargo, creemos aportar precisamente un testimonio singular de la frivolidad de tales afirmaciones, ya que constituye una muestra clara de la altura a que puede llegar el género en manos de un gran escritor y de un gran pensador.

1 El cuento de los árboles "pavo real"

El squire (1) Vane era un proyecto colegial de educación inglesa, recibida en una de las grandes escuelas públicas, y había mantenido su intelecto de una manera completa y permanente en el estado propio de la adolescencia. Pero su origen irlandés socavaba subconscientemente en él la digna solemnidad de un buen muchacho y le daba a veces el aire travieso de un niño malo. Tenía una impetuosidad que le arrastraba casi a pesar suyo, y ya le había llevado a un fracaso demasiado brillante en el servicio civil y diplomático. Así, por ejemplo, es verdad que el término medio y la componenda son la clave de la política inglesa, especialmente en lo que toca a tratar con imparcialidad las religiones de la India; pero que Vane tratara de complacer a los musulmanes quitándose una bota al entrar en la mezquita no se apreció como una muestra de verdadera imparcialidad, sino como algo que solo podía calificarse de agresiva indiferencia. También es verdad que un aristócrata inglés difícilmente puede acabar de comprender los sentimientos de cada parte, en una disputa entre un judío ruso y una procesión ortodoxa que lleva unas reliquias; pero la idea de Vane de que la procesión llevara también al judío como una venerable reliquia histórica, fue mal interpretada por ambos lados. En resumen, Vane era un hombre que se enorgullecía de no creer en tonterías, con el resultado práctico de estar siempre haciendo tonterías. Parecía andar siempre de cabeza con el solo objeto de demostrar la solidez de su cabeza.

(1)Conservamos la expresión inglesa por no existir voz exacta para traducir la palabra «squire». El squire es el propietario residente en la finca principal del pueblo de la cual este toma nombre, que conserva, como resto de las atribuciones de los señores feudales, ciertas prerrogativas y funciones.

Acababa de tomar un copioso desayuno, en compañía de su hija, en la mesa de su jardín junto a la costa de Cornualles. Porque, gozando de una salud espléndida, se empeñaba en comer al aire libre siempre que podía, aunque la primavera apenas había tocado los bosques y entibiado el mar que circunda aquel extremo meridional de Inglaterra. Su hija Bárbara, una hermosa muchacha de abundante cabello rojo y rostro tan grave como el de una de las estatuas del jardín, continuó sentada, casi inmóvil como una estatua, cuando se levantó su padre. Este, una figura alta y distinguida, vestida de tonos claros, con bigote y pelos blancos que el viento echaba hacia atrás despejando un rostro

jovial, pues el caballero llevaba en la mano su ancho sombrero de Panamá, atravesó a grandes pasos el jardín y su terraza, bajó por unos escalones de piedra flanqueados de viejas urnas decorativas a un sendero bordeado de arbolitos y de allí a un camino en zigzag que descendía por el escarpado farallón hasta la playa, donde Vane iba a recibir a un huésped que llegaba en el barco. Había un yate en la bahía azul, y Vane podía ver un bote que remaba hacia el pequeño muelle embaldosado.

No obstante, en aquel corto paseo entre el verde césped y las doradas arenas, estaba destinado a ver excitada su testarudez hasta llegar a aquel estado de todos conocido que el mundo tiende a llamar exaltación. El caso era que los labriegos de Cornualles, que formaban el conjunto de sus arrendatarios y de su servicio doméstico, estaban lejos de ser personas que no creen en tonterías. Creían, ¡ay!, en muchas tonterías; con espíritus y hechiceros y tradiciones viejas como Merlín, parecían rodearle de un maravilloso anillo de tontería. Pero el círculo mágico tenía un centro; había un punto al cual volvía siempre la tortuosa conversación de aquellos rústicos. Era un punto que siempre irritaba al squire hasta exasperarle, y hasta en este corto paseo pareció toparle por todas partes. Antes de bajar los escalones del jardín, se detuvo a hablar con el jardinero del trasplante de unos arbustos exóticos; el jardinero pareció hallar una sombría complacencia, reflejada en todas las líneas de su curtido y moreno rostro, en aprovechar la ocasión para exteriorizar su pobre concepto de los arbustos exóticos.

-Quisiéramos que el señor se deshiciera de estos que tiene aquí -observó sin dejar de cavar-. Con ellos aquí, nada crecerá a derechas.

-¡Arbustos! -dijo el squire riendo-. No llamará usted arbustos a los árboles pavo real, ¿verdad? ¡Unos árboles tan altos y tan hermosos! Debiera usted estar orgulloso de ellos.

-Mala hierba crece deprisa -observó el jardinero-. Las malas hierbas se hacen grandes como una casa cuando alguien las planta.

Después añadió:

-El sembrador de cizaña de la Biblia, squire...

-¡Oh!, maldita sea vuestra... -empezó el squire, y después remplazó el vocablo más preciso aliterativo de «Biblia» por el genérico de «superstición». Él era un tenaz racionalista; pero iba a la iglesia para dar ejemplo a sus arrendatarios. De qué les daba ejemplo, se hubiera visto en apuros para decirlo.

Algo más abajo, en el camino entre los árboles, encontró a un leñador, un tal Martin, que fue más explícito, pues tenía más de una queja. Su hija estaba a la sazón gravemente enferma de unas fiebres que recientemente se habían hecho comunes en aquella costa, y el squire, que era un caballero bondadoso, se hacía cargo de su estado de

depresión y mal humor. Pero llegó casi a perder los estribos cuando el campesino insistió en relacionar su tragedia con la tradicional monomanía contra los árboles exóticos.

-Si no estuviera tan enferma, me la llevaría de aquí -dijo el leñador-, ya que no los podemos quitar, supongo yo. Me gustaría clavarles mi hacha y oír cómo se desploman con estrépito.

-Uno pensaría que son dragones -dijo Vane.

-Y eso es lo que parecen -respondió Martin-. ¡Mírelos!

El leñador era naturalmente una figura más ruda y cerril que el jardinero. Su rostro era también moreno, con aspecto de pergamino antiguo, y estaba enmarcado por una extraña combinación de barba y patillas negras que había estado realmente de moda veinticinco años antes, pero que podía haber sido vieja de cinco mil años o más. Uno sentía que los fenicios, traficando por aquellas playas en el alborear del mundo podían haber peinado, o rizado, o trenzado, su negro pelo de esta forma rara. Porque este sector de población era un rincón de Cornualles, como Cornualles es un rincón de Inglaterra; una raza trágica y única, reducida y exclusiva como un clan celta. El clan era más antiguo que la familia Vane, a pesar de que esta era antigua para lo que acostumbran a ser las familias de provincia. Porque, en muchos de estos lugares de Inglaterra, los aristócratas han sido los últimos en llegar. Aquel hombre era la especie de tipo social del cual se dice que está desapareciendo y que tal vez ha desaparecido ya.

Los aborrecibles objetos estaban a un centenar de yardas del orador, quien señalaba hacia ellos con su hacha; había algo sugestivo en la comparación. Para empezar, la costa, extendiéndose hacia el oeste, era en sí casi tan fantástica como una nube del atardecer. Se recortaba sobre el esmeralda o el añil del mar en forma de pétreos cuernos o medias lunas que podían haber sido el molde o vaciado de algunas de aquellas empinadas serpientes; por debajo, estaba perforada y calada en cavernas y grietas como por obra de tan titánicos gusanos. Sobre esta dragónica arquitectura del suelo, se extendía claro como un vapor un velo de bosques grises, bosques que el maleficio del mar había, como de costumbre, requemado y deformado. A la derecha, los árboles corrían paralelamente al mar en una sola hilera, cada uno de ellos dibujado en trazos finos y fantásticos, como una caricatura. Al otro extremo de esta hilera, se multiplicaban hasta convertirse en una confusión de árboles jorobados, un bosque que se desplegaba hacia una parte saliente del acantilado. Era aquí donde aparecía el cuadro hacia el cual parecían volverse automáticamente tantos ojos y tantos pensamientos. En medio de este bosque más o menos bajo e igual, descollaban tres troncos separados que se elevaban hacia el cielo como un faro sobre las olas o la aguja de un campanario sobre los tejados del pueblo.

Formaban un grupo de tres columnas muy juntas, que también podían ser la mera bifurcación o, mejor dicho, trifurcación de un solo árbol cuya parte inferior se perdiera o se hundiera en el espeso bosque que lo rodeaba. Todo en ellos sugería algo extraño y meridional, aun en aquella última península de Bretaña, la que más avanza en dirección hacia España y África y las estrellas del sur. Su plúmeo follaje había brotado antes que la débil bruma de verde amarillento que los rodeaba, y era de otro verde menos natural, matizado de azul, como los colores de un martín pescador. Pero uno podía imaginarlos como las escamas de un dragón de tres cabezas que se irguiera en medio de un rebaño de vacas asustadas.

-Siento muchísimo que su hija esté mal -dijo Vane, seco-. Pero, realmente...

Y comenzó a bajar a grandes trancos el escarpado sendero.

El bote estaba ya amarrado al pequeño muelle, y el botero, más joven que el leñador -en realidad, un sobrino de aquel siervo descontento-, saludó a su señor con la adusta etiqueta de la familia. El squire le respondió distraídamente, y pronto lo olvidó todo al estrechar la mano del visitante que acababa de desembarcar. Este visitante era un hombre alto, desgarbado, muy flaco para ser tan joven, cuyas largas y finas facciones parecían todo hueso y nervios. Contrastaban un poco con su cabello, que aparecía en brillantes guedejas rubias sobre sus sienes hundidas, bajo el ala de su blanco sombrero de campo. Vestía cuidadosamente, con exquisito gusto, a pesar de que llegaba directamente de un gran viaje por mar y llevaba en la mano algo que en sus largos viajes europeos y en sus aún más largas visitas europeas había casi olvidado de llamar un maletín.

Cyprian Paynter era un americano que vivía en Italia. Había mucho más que decir acerca de él, porque era un caballero muy culto e inteligente; pero tal vez estos dos hechos ocultarían muchos otros. Almacenando en su entendimiento, como en un museo, las maravillas del mundo antiguo, pero iluminándolo todo como si fuera por una ventana con las maravillas del nuevo, había venido a heredar algo de la posición crítica de Ruskin o Pater, y además era famoso como descubridor de poetas menores. Pero, descubridor juicioso, no convertía todos sus poetas menores en poetas mayores. Si sus gansos eran cisnes, no todos eran cisnes de Avon. Hasta había llegado a incurrir en la terrible sospecha de clasicismo al diferir de sus jóvenes amigos los poetas puntuacionistas, cuando estos inventaron una versificación que consistía exclusivamente en puntos y comas. Sentía una simpatía más humana por la llama moderna encendida en el rescoldo de la mitología celta, y era, en realidad, la aparición de un poeta Cornuallés, una especie de paralelo de los nuevos poetas irlandeses, lo que le traía en esta ocasión a Cornualles. Era, en

realidad, demasiado bien educado para permitir que su huésped se diera cuenta de que perseguía otro placer que el de su hospitalidad. Hacía mucho tiempo que había sido invitado por Vane, a quien conoció en Chipre en los días de la poco diplomática diplomacia de este último; y Vane no sospechaba que las relaciones se habían renovado así, después que el crítico hubo leído «Merlín y otros versos», de un nuevo escritor llamado John Treherne. El squire ni siquiera llegó a darse cuenta de la diplomacia, mucho más diplomática, con que se le había inducido a invitar a comer al bardo local el mismo día de la llegada del crítico americano.

Míster Paynter permanecía aún de pie con su maletín contemplando con sincera admiración los agujereados riscos, cubiertos por el grotesco bosque gris y coronados finalmente por los tres árboles fantásticos.

-Esto es como naufragar en la costa del país de las hadas -dijo.

-Espero que no haya naufragado usted mucho -repuso su huésped sonriendo-. Me figuro que Jake ha sabido cuidar de usted.

Paynter miró al botero y se sonrió a la vez.

-Temo -dijo- que nuestro amigo no sienta el mismo entusiasmo que yo por este paisaje.

-¡Oh, los árboles, supongo! -dijo el squire con cansancio.

El botero era un pescador de oficio; pero, como su casa, hecha de negros troncos atados, se levantaba en la playa a pocas yardas del muelle, se le empleaba, en casos parecidos, como una especie de barquero. Era un joven alto, de cejas negras, generalmente callado, pero al cual algo parecía aguijar ahora para que hablase.

-Señor -dijo-, todo el mundo sabe que esto no es natural. Todo el mundo sabe que el mar requema los árboles y no los deja crecer cuando no son más que árboles. Estas cosas crecen como grandes algas diabólicas que no perteneciesen a la tierra. Es como... como la maldita serpiente marina que estuviese en tierra firme, squire, y comiéndoselo todo.

-Hay una estúpida leyenda -dijo el squire Vane con aspereza-. Pero subamos al jardín; quiero presentarle a mi hija.

Sin embargo, al llegar ellos a la mesita bajo el árbol, la joven aparentemente inmovilizada se había movido, y pasó algún tiempo antes de que dieran con sus huellas. Se había levantado, si bien lánguidamente, y se había alejado despacio por el camino superior del jardín, mirando hacia el camino inferior donde este bordeaba la parte más densa del bosquecillo cercano al mar.

Su languidez no era debilidad, sino más bien plenitud de vida, como la de un niño a medio despertar. Parecía desperezarse y gozar de todo sin darse cuenta de nada. Pasó por delante del bosque, en cuya maraña gris desaparecía, por una negra abertura, un sendero

blanco. A lo largo de esta parte de la terraza, corría algo parecido a un antepecho o balaustrada de poca altura, cubierta de flores a intervalos, y la joven se apoyó en ella, para contemplar otra faja de relumbrante mar que aparecía detrás de la masa de árboles y otro camino irregular que se despeñaba hasta el muelle y la casita del marinero.

Mientras miraba todo esto con ojos apagados, vio que una extraña figura, que al parecer, procedía de la cabaña del pescador, subía rápidamente por el camino, tan rápidamente, que un momento después aparecía entre los árboles y se detenía precisamente debajo de donde ella estaba. La figura no solamente era extraña para la muchacha, sino algo extraña en sí misma. Era la figura de un hombre aún joven y, al parecer, algo más joven que sus vestidos, que no solamente eran viejos, sino anticuados; de telas bastante corrientes, pero llevados de una manera desacostumbrada. Vestía lo que parecía ser un impermeable ligero, tal vez por haber salido al mar; pero lo llevaba abrochado al cuello por un solo botón, y colgando, mangas y todo, más como una capa que como un abrigo. Descansaba una mano huesuda sobre un bastón negro; bajo la sombra del ancho sombrero, su cabello negro caía en una o dos greñas. Su rostro, cetrino, pero de facciones correctas, mostraba algo que podía haber sido una ligera sonrisa de turbación, pero que se parecía demasiado a una mueca de desdén.

Bárbara Vane era incapaz de adivinar si esta aparición correspondía a un vagabundo que invadiera la propiedad o a un amigo de alguno de los pescadores o leñadores. Él se quitó el sombrero, sin perder su sonrisa inalterable un tanto torva, y dijo cortésmente:

-Dispénseme. El squire me invitó a venir.

En aquel momento descubrió a Martin, el leñador que iba por el sendero; y el forastero le saludó familiarmente con un dedo.

La muchacha no sabía qué decir.

-¿Ha venido usted... ha venido a cortar leña? -preguntó por fin.

-¡Ya quisiera ser yo un hombre tan digno! -respondió el forastero-. Martín es, a lo que me imagino, un primo lejano mío; nosotros, los de este rincón de Cornualles, somos casi todos parientes, ¿sabe?; pero yo no corto leña. Yo no corto nada. Yo soy, por decirlo así, un juglar.

-¿Un qué? -preguntó Bárbara.

-¿Vamos a decir un trovador? -respondió el recién llegado.

Y la miró más firmemente. Durante un silencio algo raro, sus miradas se sostuvieron mutuamente. Lo que ella vio se ha anotado ya, aunque para ella, por lo menos, fuese indescifrable. La que él vio fue una mujer positivamente hermosa con un rostro estatuario y un cabello que brillaba al sol como un yelmo de cobre.

-¿Sabe usted -continuó él- que podía muy bien ser que en este

antiguo lugar, hace siglos, un juglar se hallase realmente donde yo estoy, y una dama le mirase realmente y le echase unas monedas desde esta balaustrada?

-¿Le hace falta dinero? -preguntó ella toda confusa.

-Mire -dijo el forastero arrastrando las palabras-, en el sentido de necesitarlo, tal vez sí; pero temo que ahora no haya un lugar para los juglares, a no ser los juglares negros. Me he de excusar por no tiznarme el rostro.

Ella se rió en su perplejidad y dijo:

-Bien; no creo que lo necesite mucho.

-Usted piensa, quizá, que los naturales de aquí somos ya bastante morenos -observó con calma-. Al fin y al cabo somos aborígenes, y se nos trata como a tales.

Ella arriesgó una o dos observaciones desesperadas sobre el tiempo o el paisaje; y se preguntó qué iba a pasar después.

-La perspectiva es ciertamente bella -asintió él en el mismo tono enigmático-. Sólo tiene una cosa que no me gusta.

Se calló y levantó lentamente su negro bastón como un largo dedo negro, y lo apuntó a los árboles pavo real que sobresalían del bosque. La muchacha experimentó un extraño sentimiento de malestar, como si con aquel solo ademán él hiciera un acto de destrucción y pudiera agotar todo el jardín.

El silencio tenso y casi doloroso fue interrumpido por la voz del squire Vane, fuerte hasta cuando estaba a distancia.

-No podíamos descubrir dónde te habías metido, Bárbara -dijo-. Te presento a mi amigo míster Cyprian Paynter.

En seguida vio al forastero y se detuvo un poco intrigado. Fue Cyprian Paynter el único que estuvo a la altura de la situación. Hacía unos meses, había visto un retrato del nuevo poeta cornuallés en una revista literaria americana, y ahora se hallaba con la sorpresa de poder presentar en vez de ser presentado. Dijo, pues, considerablemente extrañado:

-¿No conoce usted a míster Treherne? Yo suponía, claro está, que era un vecino.

-Encantado de conocerle, míster Treherne -dijo el squire recobrando sus maneras con algo de jovial confusión-. Me alegro mucho de que haya podido venir. Le presento a míster Paynter... Mi hija.

Y, volviéndose con cierto ruidoso azoramiento, abrió la marcha hacia la mesa bajo el árbol.

Cyprian Paynter le siguió, revolviendo en su interior un enigma que había cogido de sorpresa a su misma experiencia. El americano, si bien intelectualmente era un aristócrata, era, no obstante, social y subconscientemente un demócrata. Nunca le pasó por la cabeza que se

fuera a considerar una suerte para el poeta el conocer al squire y no una suerte para el squire el conocer al poeta. El sincero aire de protección ostensible en la hospitalidad de Vane era algo que hizo sentir a Paynter que, después de todo, él era un forastero en Inglaterra.

El squire, previendo las dificultades de una comida con un hombre de letras desconocido, había tratado el caso con tacto desde su propio punto de vista. La presencia de invitados pertenecientes a la buena sociedad del distrito podía haber hecho que el huésped se sintiera como un pez fuera del agua. Así, gracias al crítico americano, al abogado y al médico locales, dignos personajes de la clase media que encajaban en el cuadro, había limitado la cosa a una simple reunión familiar. Él era viudo, y, por tanto, cuando la comida estuvo dispuesta en la mesa del jardín, fue Bárbara quien la presidió como señora de la casa. Tenía a su derecha el nuevo poeta, y esto la hacía sentirse muy desazonada. Prácticamente, había ofrecido limosna a aquel falso juglar, y esto no hacía más fácil el ofrecerle un almuerzo.

-Todo este país se ha vuelto loco -anunció el squire como última noticia local- a propósito de esta infernal leyenda nuestra.

-Yo colecciono leyendas -dijo Paynter sonriendo-. Recuerde usted que aún no he tenido oportunidad de recoger la suya. Y este -añadió volviéndose a contemplar la romántica costa- es un magnífico escenario para todo lo dramático.

-¡Oh, es dramático a su manera! -concedió Vane, no sin cierta satisfacción-. La leyenda se refiere a aquellos árboles de allí, que llamamos pavo real, a causa, me figuro yo, del curioso color de sus hojas, aunque también podría ser porque, según dicen, cuando arrecia el viento producen un sonido estridente que recuerda el graznido del pavo real. Bien; se supone que estos árboles fueron traídos de Berbería por mi antepasado sir Walter Vane, uno de los patriotas, o piratas, como quiera usted llamarlos, del tiempo de Isabel. Dicen que al fin de su último viaje, los lugareños congregados ahí en la playa vieron el barco que se dirigía a tierra con los nuevos árboles alzándose en él como mástiles empavesados de verde. Al verlo llegar pensaron que el buque iba gobernado de un modo raro, y luego que no iba gobernado de ningún modo. Cuando por fin las olas lo llevaron a la playa, se halló que no había en aquel buque un hombre que no estuviera muerto, y sir Walter, con su espada en la mano estaba apoyado en el tronco de un árbol tan rígido como el árbol mismo.

-Es curioso -observó Paynter reflexivamente. Ya le he dicho que colecciono leyendas y creo poder contarle el principio de la historia de que esto es el fin, aunque proviene de cientos de millas lejos, al otro lado del mar.

Tecleó pensativo en la mesa con sus afilados dedos como un

hombre que prueba a recordar una melodía. De hecho, se había especializado en esta clase de fábulas, y no dejaba de poner algo de vanidad en su artístico modo de contarlas.

-¡Oh, cuéntenos usted la parte que sabe! -exclamó Bárbara Vane, que parecía haber perdido hasta cierto punto su aire de radiante somnolencia.

El americano se inclinó con grave cortesía, y después empezó, jugando distraídamente, mientras hablaba, con una extraña sortija que llevaba en uno de sus largos dedos.

-Si van ustedes a la costa de Berbería donde la última punta del bosque se estrecha entre el desierto y el gran mar sin mareas, oirán a los indígenas referir aún una historia sobre un santo de la edad oscura. Allí, en el borde crepuscular del continente negro, uno siente la edad oscura. Sólo una vez he visitado aquel sitio, a pesar de que cae, por decirlo así, frente a la ciudad italiana donde he vivido durante años; y, no obstante, no pueden ustedes tener idea de cómo el trastrocamiento y la transmigración de este mito parecían menos locos de lo que realmente son, con el bosque lleno de rugidos de los leones por la noche y aquella roja soledad oscura de más allá. Dicen que el ermitaño san Securis, viviendo allí entre árboles, llegó a quererlos como a compañeros; puesto que, aun siendo grandes gigantes de muchos brazos, como Briareo, eran las más mansas y las más inocentes de las criaturas; no devoraban como los leones, antes abrían sus brazos a todos los pajarillos. El santo oró para que, de vez en cuando, pudieran libertarse y andar como las otras cosas. Los árboles fueron movidos gracias a las preces de san Securis, como lo habían sido por las canciones de Orfeo. Los hombres del desierto se estremecieron de miedo al ver desde lejos al santo rodeado de sus discípulos. Porque los árboles fueron libertados así bajo estrictas condiciones de disciplina. Tenían que regresar al son de la campana de la ermita y, sobre todo, imitar a las bestias salvajes solamente en lo de andar, no en destruir ni devorar nada. Pero dicen que uno de los árboles oyó una voz que no era la del santo; que en la cálida y verde penumbra de un atardecer de verano, sintió que algo en forma de gran pájaro se había posado en sus ramas y le hablaba; era el mismo que una vez habló desde un árbol en forma de gran serpiente. A medida que la voz iba haciéndose más fuerte en medio del murmullo de sus ojos, el árbol se sentía desgarrado por un gran deseo de extender sus brazos y atrapar a los pájaros que volaban inocentemente alrededor de sus nidos y, una vez cogidos; destrozarlos. Finalmente el tentador llenó la copa del árbol con sus propios pájaros del orgullo, la estrellada pompa de los pavos reales. El espíritu del bruto venció al espíritu del árbol, y este destripó y consumió los pájaros verdes y azules hasta que no quedó una pluma. Después volvió a la pacífica

tribu de los árboles. Pero dicen que al llegar la primavera todos los demás árboles echaron hojas; este, sin embargo, echó plumas de color y forma extraños. Por esta monstruosa asimilación, el santo se enteró del pecado, y sujetó aquel árbol a la tierra con la sentencia de que nadie lo volviera a mover bajo pena de grandes males. Este, squire, es el comienzo, en el desierto, de la historia que acabó casi en este mismo jardín.

-Y el fin es tan increíble, me parece a mí, como el principio -dijo Vane-. Este de usted es un bonito cuento para una pequeña reunión de té.

-¡Qué historia tan extraña y terrible! -exclamó Bárbara-. Le hace sentir a uno como si fuera un caníbal.

-*Ex África* -dijo el abogado sonriendo-. Viene de un país de caníbales. Yo pienso que es el efecto de la pincelada de betún, aquella angustiosa sensación de no saber si el héroe es una planta, o un hombre, o un demonio. ¿No la encuentran ustedes a veces en «El tío Remus»?

-Es cierto -dijo Paynter-. Completamente cierto. Y miró al abogado con un nuevo interés.

El abogado, que había sido presentado como Ashe, era una de las personas más dignas de contemplarse de lo que muchos se figuran a primera vista. Si Napoleón hubiese tenido el pelo rojo y hubiese aplicado todas sus facultades con curioso contentamiento a los menudos pleitos de una provincia, se le hubiera parecido mucho: la cabeza, de pelo rojo, era maciza; la figura, con sus vestidos negros y severos, resultaba relativamente insignificante, como ocurría con Napoleón. Parecía menos cohibido en presencia del squire que el doctor, quien, aun siendo un caballero, era tímido y parecía una mera sombra del abogado.

-Como usted dice muy bien -observó Paynter-, la historia parece matizada de elementos bárbaros, probablemente negros. Originalmente, sin embargo, creo que ha habido alguna historia hagiográfica referente a este ermitaño, aunque alguno de los mejores críticos dice que san Securis nunca ha existido y que debió de ser únicamente una alegoría de la arboricultura, puesto que su nombre en latín significa hacha.

-Si vamos a eso -observó el poeta Treherne-, lo mismo podría usted decir que el squire Vane no existe y que solo es la alegoría de una veleta.

Algo excesivamente desdeñoso en esta salida hizo fruncir el ceño al abogado. Miró al otro lado de la mesa y encontró la sonrisa un poco equívoca del poeta.

-¿He de entender, míster Treherne -preguntó Ashe- que usted defiende las milagrosas pretensiones de san Securis en este caso?

¿Acaso cree usted en árboles que andan?

-Yo veo a los hombres como árboles que andan -respondió el poeta-, como el ciego que recobró la vista, de que nos habla el evangelio. De paso, ¿he de entender que usted defiende las milagrosas pretensiones de aquel... taumaturgo?

Paynter intervino pronta y suavemente:

-Esto suena como una fascinadora experiencia psicológica. ¿Usted ve precisamente a los hombres como árboles?

-Así como no puedo imaginar por qué los hombres han de andar, no puedo imaginar por qué los árboles no pueden andar -respondió Treherne.

-Evidentemente, eso radica en la naturaleza del organismo -interpuso el médico, doctor Burton Brown-. Ello es indispensable al tipo mismo de la estructura vegetal.

-En otras palabras, un árbol está clavado en el suelo de un extremo a otro del año

-respondió Treherne-. Del mismo modo, usted está clavado en su consultorio desde las diez a las once de cada día. ¿Y no se imagina que un hada que mirara por la ventana de usted al pasar, después de haber saltado sobre la luna y haber jugado a las cuatro esquinas con las Pléyades, creería que usted es una estructura vegetal y que el estar allí sentado es también la naturaleza del organismo?

-Yo no creo en hadas -dijo el doctor con cierta tirantez, porque el *argumentum ad hominem* se estaba haciendo demasiado común.

Una sulfúrea indignación subconsciente parecía irradiar del moreno poeta.

-Bien, así lo espero yo, doctor -empezó el squire con su estilo ruidoso y afable. Después se detuvo, viendo interrumpida la atención de los demás.

El silencioso mayordomo que servía a los invitados había aparecido detrás de la silla del doctor, y estaba diciendo algo en tono bajo y monótono del doméstico que conoce su oficio. Era un ejemplar tan perfecto del tipo, que los demás no habían notado nunca, al principio, que también en él se repetía, aunque barnizado, el oscuro retrato tan común en esta particular familia de celtas cornualleses. Tenía el rostro cetrino y hasta amarillo, y el cabello del color negro índigo. Se llamaba Miles. Algunos se sentían oprimidos por el tipo brutal de este pequeño rincón de Inglaterra. Sentían un poco como si todas aquellas caras morenas fueran las máscaras de una sociedad secreta.

El doctor se levantó con una forzada excusa.

-He de disculparme por dejar esta agradable reunión; me llaman para un servicio profesional. Les ruego que nadie se mueva. Hemos de contar con estas cosas... Tal vez míster Treherne reconocerá que, al fin y al cabo, eso demuestra que mis hábitos no son muy vegetales.

Con esta alusión, que produjo algunas risas, se alejó rápidamente, cruzando el soleado césped hasta el camino que bajaba en dirección al pueblo.

-Es muy bueno para con los pobres -dijo la muchacha con sincera gravedad.

-Una gran persona -insinuó el squire-. ¿Dónde está Miles? ¿Quiere usted un cigarro, míster Treherne?

Y se levantó de la mesa; los demás le imitaron, y el grupo se dispersó por el prado.

-Este Treherne es algo notable -dijo el americano al abogado.

-Notable es la palabra -asintió Ashe con cierta hosquedad-. Pero no pienso decir nada acerca de él.

El squire, demasiado impaciente para esperar al cetrino Miles, había entrado en busca de los cigarros, y Bárbara se volvió a encontrar a solas con el poeta en uno de sus paseos por el jardín; pero esta vez, simbólicamente, los dos se hallaban al mismo nivel. Treherne, despojado de su curioso capote, ofrecía un aspecto menos excéntrico y parecía una figura más tranquila y corriente.

-No tuve intención de ofenderle antes -dijo ella de pronto.

-Y eso es lo peor -respondió el hombre de letras-, porque sospecho que yo sí tenía intención de ofenderla a usted. Cuando levanté los ojos y la vi allí, arriba, surgió en mi interior algo que ha existido en todas las revoluciones de la historia. ¡Oh, tenía mucho de admiración también! Quizás haya habido idolatría en todos los iconoclastas...

Parecía poseer la facultad de llegar a la conversación íntima de un solo salto silencioso y felino, tal como había escalado la empinada senda. Esto hacía que ella lo creyera peligroso y hasta quizá no sobrado de escrúpulos. La muchacha cambió vivamente de tema, no sin tratar al mismo tiempo de satisfacer su propia curiosidad.

-¿Qué quería usted decir con todo aquello de los árboles que andan? -preguntó-. No me dirá usted que cree en un árbol mágico que se come los pájaros...

-Probablemente la sorprendería yo más a usted -dijo gravemente Treherne- por lo que no creo, que por lo que creo.

Luego, tras una pausa, señaló con un amplio ademán la casa y el jardín.

-Temo no creer en todo esto; por ejemplo, en casas isabelinas y en familias isabelinas y en la manera mediante la cual se van mejorando los patrimonios, y todo lo demás. Vea usted ahora a nuestro amigo el leñador. -Y señaló al hombre de la extraña barba negra, que aún esgrimía su hacha en el bosque de abajo-. La familia de aquel hombre viene de tiempos muy antiguos y era mucho más rica y más libre, en lo que ustedes llaman la edad oscura, que ahora. Espere usted hasta que los labradores cornualleses escriban una historia de Cornualles.

-Pero, ¿qué demonios -preguntó ella- tiene que ver esto con si usted cree o no en un árbol que come pájaros?

-¿Por qué he de confesar en qué creo yo? -dijo él con una voz donde sonaba, embozado, el tambor de la rebelión-. Los señores vinieron y nos quitaron la tierra, y nos quitaron el trabajo, y nos quitaron nuestras costumbres. Y ahora, después de la explotación, viene algo más vil aún, ¡la educación! ¡Nos han de quitar nuestros sueños!

-Este sueño es más bien una pesadilla, ¿no es cierto? -preguntó Bárbara sonriendo; y, un instante después, se tornó muy seria y dijo casi ansiosamente-: Pero aquí viene el doctor Brown. Parece muy afectado.

El doctor, una negra figura sobre el verde prado, se dirigía, en efecto, hacia ellos con acelerado paso. Su cuerpo y su aire eran mucho más juveniles que su rostro que parecía prematuramente arrugado como por las preocupaciones; era algo calvo, y su frente se destacaba espaciosa sobre el negro y lacio cabello que guarnecía los lados y la parte posterior de su cabeza. Estaba visiblemente más pálido que cuando se levantó de la mesa del almuerzo.

-Lamento tener que decirle, miss Vane -manifestó-, que soy portador de malas noticias para el pobre Martin, el leñador. Su hijo murió hace media hora.

-¡Oh! -exclamó Bárbara, conmovida-. ¡Cuánto lo siento!

-Yo también -dijo el doctor.

Y siguió adelante sin detenerse; bajó corriendo los escalones entre las urnas de piedra, y le vieron hablar con el leñador. A este no podían verle la cara. Estaba de espaldas, pero observaron algo que pareció más conmovedor que cualquier alteración de su fisonomía. La mano con que el hombre sostenía el hacha se levantó por encima de su cabeza y, durante un fugaz instante, pareció como si quisiera partir en dos al doctor. Pero, en realidad, no era al doctor a quien miraba. Su rostro estaba vuelto hacia el acantilado, donde, descollando sobre el bosque enano, se alzaban enhiestos, gigantescos y dorados por el sol, los árboles del orgullo.

La mano fuerte y morena había hecho un movimiento y estaba vacía. El hacha voló por los aires, trazando una especie de argentada media luna entre la penumbra gris de los árboles. No alcanzó su objetivo, porque antes cayó entre la maleza, levantando un vuelo de pájaros asustados. Pero en la memoria del poeta, llena de cosas prístinas, algo pareció decir que acababa de ver los pájaros de un augurio pagano, el hacha de un sacrificio pagano.

Un momento después, el hombre daba un paso adelante, como si quisiera recobrar su herramienta; pero el doctor le puso una mano sobre el brazo.

-Deja esto ahora -oyeron que decía con tristeza y afecto-. El squire te dispensará de trabajar en este momento.

Algo movió a la joven a mirar a Treherne. Este estaba mirando con la cabeza ligeramente inclinada, y una de sus fantásticas greñas negras le había caído sobre la frente. Otra vez tuvo la impresión de una sombra sobre la hierba; casi sintió como si la hierba fuese una hueste de duendes y los duendes no fuesen amigos suyos.

2 La apuesta del squire Vane

Pasó más de un mes antes de que la leyenda de los árboles pavo real volviese a ser discutida en el círculo del squire. Ocurrió esto un atardecer, cuando el gusto excéntrico de Vane por las comidas en el jardín había congregado la compañía alrededor de la misma mesa, ahora iluminada por una lámpara y puesta para la cena en un glorioso crepúsculo de primavera. Hasta eran idénticos los ruidos; porque, en las pocas semanas pasadas, habían ido entrando insensiblemente cada vez más los unos en las vidas de los otros, formando un pequeño grupo a manera de club. Ni que decir tiene que el esteta americano era el elemento más activo, pues su resolución de llegar al fondo del misterio del poeta cornuallés le llevaba rápidamente a influir sobre su huésped a favor de estas reuniones. Hasta Ashe, el abogado, parecía haberse tragado sus semi humorísticos prejuicios; y el doctor, a pesar de ser un hombre más bien triste y callado, resultaba sociable y atento. Paynter había llegado a leer en voz alta las poesías de Treherne, y leía admirablemente; también había leído otras cosas aunque no en voz alta, apurando todo lo existente en la vecindad, desde las guías para turistas hasta los epitafios, que pudieran proyectar alguna luz sobre las antigüedades locales. Y fue aquella noche, cuando la luz de la lámpara y los últimos resplandores del día encendían los colores del vino y de la plata sobre la mesa bajo el árbol, cuando anunció un nuevo descubrimiento.

-Oiga, mi amigo -observó dirigiéndose al squire con uno de sus raros americanismos-, hablando de estos árboles-duendes que tiene usted, no creo que sepa usted ni la mitad de lo que se cuenta de ellos por ahí. Parece que tienen un hábito de comerse cosas. No es que yo ponga ningún reparo de orden moral a que se coman cosas -continuó, sirviéndose elegantemente una porción de queso tierno-. Pero pongo más o menos reparo, hablando en términos generales, a que se coman personas.

-¡Qué se coman personas! -repitió Bárbara Vane.

-Ya sé que un trotamundos no debiera ser tan delicado -repuso Paynter-. Pero repito firmemente que no me gusta que se coman a las personas. Los árboles pavo real parecen haber progresado desde los felices días de inocencia en que solo comían pavos reales. Si pregunta usted a la gente de aquí -al pescador que vive en aquella playa o al

hombre que corta el césped en este mismo prado de enfrente-, le contestarán a usted cosas más fuertes que el cuento tropical que yo le traje de las costas de Berbería. Si les pregunta qué le ocurrió a Peters el pescador, que se emborrachó el día de Todos los Santos, le dirán que se perdió en aquel bosquecillo, que se cayó dormido debajo de los perversos árboles y que después se evaporó, desapareció, se lo bebieron como el sol bebe las gotas de rocío. Si les pregunta dónde está Harry Hawe, el hijito de la viuda, le dirán sencillamente que se lo han tragado, que alguien le desafió a subirse a los árboles y pasarse la noche sentado allí, y que él lo hizo. Lo que hicieron los árboles, Dios lo sabe; porque los hábitos de un ogro vegetal le dejan a uno algo perplejo. Pero hasta añaden el agradable detalle de que una nueva rama aparece en el árbol cuando alguien ha sido despachado de este modo.

-¿Qué nueva tontería es esta? -exclamó Vane-. Ya sé que corre el extravagante rumor de que los árboles esparcen la fiebre, aunque todo hombre instruido sabe por qué estas epidemias se producen de vez en cuando. También sé que dicen que se puede distinguir su rumor del de los demás árboles en medio de una tempestad, y claro está que se distingue. Pero Cornualles, a pesar de todo no es un manicomio, y un árbol que se merienda a un turista que pasa...

-Las dos historias son fáciles de conciliar -dijo serenamente el poeta-. Si existiese una magia que matara a los hombres de cerca, también podría alcanzarlos de lejos con una enfermedad. En la antigua fábula, el dragón que devora a algunas personas, a menudo destruye a otras con una especie de aliento ponzoñoso.

Ashe miró fijamente, por no decir pétreamente, al orador.

-¿He de entender -preguntó- que usted se traga también lo de los árboles que tragan?

La enigmática sonrisa de Treheme estaba aún a la defensiva. Su discreción siempre molestaba al otro, y él parecía encontrar cierto placer en ello.

-Tragar es una metáfora -dijo- referente a mí, si no de los árboles. Y las metáforas nos trasladan en el acto al país de los sueños, que, por cierto, no es mal lugar. Este jardín, pienso yo, en esta confluencia del día y de la noche, se va volviendo cada vez más un sueño que podría llevarnos a cualquier parte.

El cuerpo amarillo de la luna había aparecido silenciosamente y como de repente por encima de los cuerpos negros del bosquecillo marítimo, pareciendo anunciar la noche lo que hasta entonces no había sido más que anochecer. El hálito nocturno pasó entre los árboles y cruzó furtivamente el prado, y cuando dejaron de hablar oyeron no solo el susurro de la hierba, sino el mismo mar que se movía y rumoreaba en todas las grietas y cuevas de alrededor, debajo

de ellos y por todas partes. Todos percibieron la nota que había sonado: el americano como crítico de arte y el poeta como poeta; y el squire, que se figuraba hervir de impaciencia puramente racional, en realidad no comprendía su propia impaciencia. A él, más tal vez que a los demás (con mayor verdad de lo que él se figuraba), el aire del mar se le subió a la cabeza como un vino.

-La credulidad es una cosa curiosa -continuó Treherne en voz baja-. Es más negativa que positiva, y, no obstante, es infinita. Centenares de hombres evitarán pasar por debajo de una escalera; no saben a dónde conduce la puerta de la escalera. Ni siquiera creen que Dios vaya a fulminarlos por una cosa así. No saben qué pasaría; esta es la verdad exacta; pero, no obstante, se apartan de la escalera como se apartarían de un precipicio. Así, la pobre gente de aquí creerá o no en lo que sea, pero no se acercaría de noche a estos árboles.

-Yo paso por debajo de una escalera siempre que puedo -exclamó Vane con una excitación completamente innecesaria.

-Usted pertenece a un club de los trece -dijo el poeta-. Usted pasa por debajo de una escalera en viernes para ir a comer a una mesa de trece comensales, donde todos vuelcan el salero. Pero ni siquiera usted se acercará a estos árboles de noche.

El squire Vane se enderezó, con el cabello blanco llameando al viento.

- Yo pasaré toda una noche en su necio bosque y subido a sus necios árboles -dijo-. Lo haré por dos peniques o por dos mil libras, si alguien quiere aceptar la apuesta.

Sin esperar a que respondieran cogió su ancho sombrero blanco, se lo puso con un gesto fiero y se alejó atravesando el prado a grandes zancadas leoninas antes de que nadie en la mesa pudiera moverse.

El silencio fue interrumpido por Miles, el mayordomo, quien dejó caer y rompió una de las fuentes que llevaba. Se quedó mirando por dónde se iba su amo, levantando su larga y angulosa barbilla, que parecía más amarilla donde le daba la amarilla luz de la lámpara. Su rostro quedaba así sumido en la sombra; pero Paynter se lo imaginó por un momento crispado en una convulsión de momentánea sorpresa. Más, al volverse, el rostro apareció completamente normal, y Paynter se dio cuenta de que había empezado una noche de fantasías como los despropósitos del Sueño de una noche de verano.

El bosque de los árboles extraños, hacia el cual se encaminaba el squire, se extendía tan hasta lo último de la punta de tierra, cuyo extremo se precipitaba sobre el mar, que solo podía llegarse a él por un camino, el cual brillaba claramente como una cinta de plata en el crepúsculo, paralelamente a la simple hilera de árboles deformados. En cierto sitio se adentraba en la masa más densa de los árboles por una puerta natural, una simple brecha que aparecía oscura como una

boca de león. No se podía ver lo que ocurría allí dentro con el camino; pero, indudablemente, este rodeaba las raíces escondidas de los grandes árboles centrales. El squire estaba ya a una o dos yardas de esta oscura entrada, cuando su hija se levantó de la mesa y dio uno o dos pasos como si fuera a llamarle.

Treherne se había levantado también y había permanecido como deslumbrado por el efecto de su desafío. Cuando Bárbara se movió, pareció serenarse y, yendo en pos de ella, pronunció unas palabras, que Paynter no oyó. Dijo algo, como al acaso y hasta de una manera distante; pero, evidentemente, le sugirió algo, porque, tras un momento de reflexión, la joven hizo un signo de asentimiento, y se volvió, no hacia la mesa, sino, al parecer, hacia la casa. Paynter la estuvo contemplando con pasajera curiosidad, y, cuando quiso observar otra vez al squire, este había ya desaparecido por la brecha del bosque.

-Se fue -dijo Treherne, con un aspecto tan conclusivo, que pareció el golpe de una puerta al cerrarse.

-Bien, ¿y qué? -exclamó el abogado, irritado por aquel tono-. ¡Supongo que el squire puede entrar en su propio bosque! ¿A qué viene este alboroto, señor Paynter? No me diga usted que cree que haya nada de malo en aquellos palos plantados.

-No; yo no -dijo Paynter cruzando las piernas y encendiendo un cigarro-. Pero me quedaré aquí hasta que salga.

-Muy bien -dijo Ashe secamente-. Me quedaré con usted, aunque no sea más que para ver cómo acaba esta farsa.

El doctor no dijo nada, pero también se quedó en su sitio y aceptó uno de los cigarros americanos. Si Treherne hubiese prestado atención, habría podido notar, con su sardónica superstición, un hecho curioso: el de que, mientras los tres hombres se condenaban tácitamente a pasar al raso toda la noche si era necesario, todos, por una rara omisión u olvido, daban por descontado que era imposible seguir a su huésped dentro del bosque que tenían delante. Pero Treherne, aunque continuaba en el jardín, había ido alejándose de la mesa y se paseaba a lo largo de la hilera de árboles que se perfilaban sobre el mar.

Estos, con sus intersticios angulares, que dejaban ver el mar como por una serie de ventanas, tenían algo del aspecto de un fantasma o esqueleto de claustro, y el poeta, habiendo vuelto a echarse el abrigo a la espalda como si fuera una capa, iba y venía como el fantasma de un monje medio loco. Todos aquellos hombres, escépticos o místicos, recordaron aquella noche, durante el resto de sus vidas, como algo irreal. Permanecían sentados o se levantaban de pronto y se ponían a recorrer el gran jardín dando grandes rodeos, de manera que parecía que nunca había tres de ellos juntos. Ninguno sabía cuál iba a ser su

compañero. No obstante, sus paseos se limitaban siempre al mismo espacio enmarañado y sombrío.

Dormitaban a ratos con intranquilo sueño. Eran ratos muy breves, y, no obstante, a todos les pareció que el estar sentados, el pasear o el hablar una vez que otra, solo habían sido partes de un mismo sueño. Paynter despertó una vez y encontró a Ashe sentado al otro lado de una mesa vacía, con el rostro oculto en la sombra y la punta de su cigarro brillando como el ojo encamado de un cíclope. Hasta que el abogado habló con su voz firme, Paynter tuvo positivamente miedo de él. Respondió al azar y volvió a dar cabezadas; cuando despertó otra vez, el abogado no estaba, y lo que Paynter tenía delante era la frente calva y pálida del doctor; pareció de pronto haber algo ominoso en el hecho familiar de que usara gafas. No obstante, el desaparecido Ashe solo se había alejado unas yardas, porque volvió en aquel instante y se acercó otra vez a la mesa. Paynter, despejándose, comprendió que su pesadilla no había sido más que un efecto de la falta de sueño, y habló con su voz natural, pero un poco fuerte.

-Así, ha vuelto usted a reunirse con nosotros. ¿Dónde está Treherne?

-Me figuro que dando todavía vueltas como un oso polar bajo aquellos árboles del cantil -respondió Ashe, señalando con su cigarro-, contemplando lo que un poeta más viejo (y ustedes me perdonen si digo también un mejor poeta) calificó como vinoso mar. Realmente, el agua tiene una especie de matiz purpúreo; mírenlo ustedes.

Paynter miró; vio el mar color de vino y los fantásticos árboles que lo orillaban; pero no vio al poeta; el inquieto monje había abandonado su claustro.

-Se ha ido a algún otro sitio -dijo con una despreocupación no muy propia de él-; pronto volverá. Esta es una velada interesante, pero una velada pierde algo de su intensidad cuando uno no puede mantenerse despierto.

¡Ah! Aquí está Treherne; de manera que ya estamos todos reunidos, como dijo el político cuando míster Colman llegó tarde a comer. No; el doctor se ha ido otra vez; ¡qué nerviosos estamos!

El poeta se había ido acercando, sus pies pisaban blandamente la hierba y sus ojos miraban con una singular atención.

-Pronto habrá pasado -dijo.

-¿El qué? -exclamó bruscamente Ashe.

-La noche, por supuesto -respondió Treherne con gran sosiego-. Ya ha pasado la hora más oscura.

-¿No observó un poeta menor -preguntó Paynter en tono ligero- que la hora más oscura era antes del alba...?

¡Dios mío! ¿Qué ha sido esto? Parecía un graznido.

-Ha sido un graznido -respondió el poeta-; el graznido de un pavo

real.

Ashe se enderezó, con el duro rostro destacando pálido bajo su cabello rojo, y preguntó furiosamente:

-¿Qué demonios quiere usted decir?

-Son cosas perfectamente naturales, como diría el doctor Brown -respondió Treherne-. ¿No nos dijo el squire que esos árboles daban una nota estridente y peculiar cuando los azotaba el viento? El viento vuelve a soplar desde el mar. No me extrañaría que tuviéramos tempestad antes del amanecer.

En efecto, con el lento alborear fue arreciando el fragor del viento, y el mar, violáceo, empezó a hervir en torno a los negros acantilados volcánicos. El primer cambio en el cielo se reveló únicamente en las formas del bosque y de los troncos solitarios, que fueron haciéndose más oscuros, pero más distintos; sobre la masa gris, bajo un atisbo de creciente luz, vieron descollar la maligna trinidad de los árboles. En sus largas líneas pareció hallar Paynter algo levemente serpentino y hasta espiral. Pudo casi imaginar que los veía girar lentamente como en una danza cíclica; pero esto, también, no fue más que la última ilusión del sueño, porque unos segundos después volvía a estar dormido. En sueños luchó con una maraña de historias sin sentido, llenas todas ellas de la misma violencia y ruido del mar y del viento marino; por encima y aparte toda otra voz, sentía el lamento de los árboles del orgullo.

Cuando despertó, era ya de día, y un florecer de matutina claridad se extendía sobre el bosque, jardín, campos y alquerías en un espacio de muchas millas. El relativo sentido común que la luz del día trae hasta a los que no han dormido le hizo levantarse vivamente y le permitió ver a todos sus compañeros de pie en el prado, en parecidas actitudes de expectación. No era necesario preguntar qué esperaban. Esperaban oír las experiencias nocturnas, cómicas o vulgares, o lo que fuesen, de aquel excéntrico amigo, cuyo experimento (ya fuese por miedo instintivo o por consideraciones de honor) no se habían atrevido a interrumpir. Pasaron las horas unas tras otras y nada se movía en el bosque, salvo algún pájaro de vez en cuando. El squire, como muchos hombres de su tipo, era madrugador, y no parecía presumible que en este caso durmiera hasta muy tarde; era mucho más probable, dado el estado en que los había dejado, que se hubiera pasado la noche sin dormir. No obstante, resultaba evidente que debía de estar durmiendo quizá por un efecto de reacción. Cuando el sol estaba ya alto, Ashe, el abogado, volviéndose a los demás, habló enérgicamente y sin ambages.

-¿Vamos al bosque ahora? -preguntó Paynter, casi dubitativo.

-Iré yo-dijo Treherne sencillamente.

Después, irguiendo la cabeza en respuesta a las miradas de los

demás, dijo:

-¡Oh, no se apuren ustedes! Nunca es el creyente el que tiene miedo.

Por segunda vez vieron a un hombre subir el blanco camino serpenteante y desaparecer en la maraña gris del bosque; pero esta vez no tuvieron que esperar mucho para volverle a ver.

Unos minutos más tarde, reapareció en la entrada del bosque y cruzó lentamente el prado dirigiéndose hacia ellos. Se detuvo ante el doctor, que era el que más cerca estaba, y dijo algo. Esto fue repetido a los demás y dio la vuelta al círculo acompañado de exclamaciones de incredulidad. Los demás se lanzaron hacia el bosque y volvieron aturdidos. Se les vio hablar a otros que habían salido de la casa; la rústica telegrafía sin hilos de las comunidades campesinas fue difundiendo la noticia, aun antes de que el hecho fuera plenamente advertido, y antes del atardecer, una cuarta parte del distrito sabía que el squire Vane se había desvanecido como una burbuja.

A pesar de lo extensamente que fue repetida la extraña historia y de lo pacientemente que fue examinada, tardó mucho tiempo en tener ni siquiera un principio de contaminación. En el intervalo, Paynter había abandonado cortésmente la casa del duelo, o más bien de la incertidumbre, pero se había instalado en el parador del pueblo; porque Bárbara Vane se alegraba de contar con la experiencia y simpatía del viajero, en adición a las ofrecidas por el abogado y el doctor como antiguos amigos de la familia. Ni siquiera a Treherne se le desanimó de acudir a la casa de vez en cuando con el fin de ayudar a la busca del hombre desaparecido. Los cinco celebraron muchos consejos alrededor de la vieja mesa del jardín donde el malogrado dueño de la casa había cenado por última vez; Bárbara llevaba su antigua máscara de piedra, aunque era ahora una máscara más trágica. No había exteriorizado su dolor después de la primera mañana del descubrimiento en que se desahogó de una sola vez, hablando en términos bastante extraños, según opinaban algunos de sus oyentes.

Había salido lentamente de la casa a cuyo interior la habían relegado su presencia o la de alguien más, la noche de la apuesta, y se veía por su expresión que alguien le había dicho la verdad; Miles, el mayordomo, estaba en el umbral detrás de ella; y probablemente había sido él.

-No se apene usted, señorita Vane -dijo el doctor Brown con una voz débil y algo insegura-. El registro del bosque apenas ha empezado. Estoy convencido de que encontraremos algo muy sencillo.

-El doctor tiene razón -dijo Ashe en su firme tono-; yo mismo...

-El doctor no tiene razón -dijo la muchacha volviéndose, con el rostro pálido, al que acababa de hablar-. Yo lo sé. El poeta tiene razón.

El poeta siempre tiene razón.

¡Oh, él ha estado aquí desde el principio del mundo y ha visto maravillas y terrores que rodean nuestro camino y solo se ocultan tras de un arbusto o una piedra! Usted, con su medicina y su ciencia, está aquí solamente desde hace unas cuantas generaciones, y no puede vencer ni a sus propios enemigos de la carne. Perdóneme doctor. Ya sé que se porta usted espléndidamente; pero, a pesar de ello, la fiebre llega al pueblo y la gente se muere. Y ahora le toca el turno a mi pobre padre. ¡Dios nos asista! ¡Lo único que nos queda es la fe en Dios; porque nosotros no podemos evitar creer en el demonio!

Y les dejó, andando aún muy despacio, pero con un aire tal, que nadie se atrevió a seguirla.

La primavera empezaba ya a dar paso al verano y a tender un toldo verde sobre la mesa del jardín, cuando el visitante americano, sentado junto a ella con el abogado y el doctor, rompió el silencio diciendo lo que hacía tiempo estaba en su pensamiento.

-Supongo -empezó- que, sea lo que fuere lo que estimemos prudente decir, todos hemos comenzado a pensar en una posible conclusión... No se puede expresar muy delicadamente, en todo caso; pero al fin y al cabo, la cosa tiene un aspecto práctico que no hay manera de soslayar.

¿Qué vamos a hacer respecto a los asuntos de Vane, aparte de lo que a él mismo se refiere? ¿Saben ustedes -añadió en voz baja dirigiéndose al abogado- si había hecho testamento?

-Lo deja todo incondicionalmente a su hija -respondió Ashe-. Pero no se puede hacer nada. No hay prueba alguna de que haya muerto.

-¿Ninguna prueba legal? -observó Paynter secamente. Un pliegue de irritación había aparecido en la ancha frente calva del doctor Brown, quien hizo un movimiento de impaciencia.

-Claro que está muerto -dijo-. ¿Qué significa esta minuciosidad legal? Nosotros estábamos vigilando este lado del bosque, ¿no es verdad? Un hombre no podía haber huido de estos altos acantilados volando sobre el mar; solo podía haber caído. Tiene que haber muerto, sin duda.

-Yo hablo como abogado -replicó Ashe arqueando las cejas-. No podemos presumir su muerte o promover una indagatoria hasta que hallemos su cadáver, cuando menos unos restos que ofrezcan razonables indicios de ser su cadáver.

-Ya comprendo -observó Paynter con calma-. Usted habla como abogado; pero me parece que no es muy difícil adivinar lo que usted piensa como hombre.

-Confieso que yo preferiría ser un hombre a ser un abogado -dijo el doctor un poco rudamente-. No tenía idea de que la ley fuese tan estúpida. ¿De qué sirve el tener a la pobre muchacha sin tomar

posesión de su propiedad y la herencia cayéndose a pedazos? Bien; he de irme o también mis clientes se caerían a pedazos.

Y, con su breve saludo, tomó el camino del pueblo.

-Si hay alguien que cumpla con su deber, es este hombre -observó Paynter-. Hemos de perdonar sus... ¿he de decir sus maneras o su manera?

-No le guardo rencor por ello -respondió Ashe jovialmente-; pero me alegro de que se haya ido, porque no quiero que sepa aún que tiene toda la razón del mundo.

Y retrepándose en su silla se puso a mirar el toldo de hojas verdes.

-¿Está usted seguro -dijo Paynter, mirando a la mesa-de que el squire Vane ha muerto?

-Más que eso -dijo Ashe, mirando aún a las hojas-. Estoy seguro de cómo murió.

-¡Ah! -dijo el americano, conteniendo el aliento. Y los dos se quedaron mudos por un momento, uno mirando al árbol y el otro a la mesa.

-Seguro, es quizás una palabra demasiado fuerte -prosiguió Ashe-. Pero no será fácil alterar mi convicción. No envidio al abogado defensor.

-¿Al abogado defensor? -repitió Paynter, y levantó vivamente los ojos dirigiéndolos a su compañero. Volvió a sentirse impresionado por la barbilla y la quijada napoleónica de aquel hombre, el mismo sentimiento que experimentó cuando hablaron por primera vez de la leyenda de san Securis.

-Entonces -empezó- usted cree que los árboles...

-¡Al demonio los árboles! -gruñó el abogado-. El árbol tenía dos piernas aquella noche. Lo que nuestro amigo el poeta -añadió con burlona sonrisa- llamaría un árbol que anda. A propósito de nuestro amigo el poeta, usted pareció sorprendido aquella noche al descubrir que no había estado todo el tiempo paseando poéticamente a la orilla del mar, y temo que yo fingí compartir la ignorancia de usted. No estaba tan seguro entonces como estoy ahora.

-¿Seguro de qué? -preguntó el otro.

-Para empezar -dijo Ashe-, estoy seguro de que nuestro amigo el poeta siguió a Vane dentro del bosque aquella noche, porque yo le vi cuando volvía a salir de él.

Paynter se inclinó hacia delante, palideciendo súbitamente de excitación, y golpeó la mesa de madera haciéndola temblar.

-Señor Ashe, está usted equivocado -exclamó-. Usted es un hombre admirable, pero está equivocado. Usted ha recogido probablemente toneladas de pruebas convincentes, pero está equivocado. Yo conozco a este poeta; le conozco como poeta, que es precisamente como no le conoce usted. Sé que usted piensa que él daba respuestas capciosas y

parecía ser todo sonrisas y malas miradas al mismo tiempo; pero usted no comprende el tipo. Ahora veo por qué no comprende usted lo irlandés. Usted a veces lo encuentra mórbido y a veces ladino. A veces sanguinario, y a veces incivilizado, cuando siempre es civilizado; se estremece con la sensitiva ironía de comprender todo lo que usted no comprende.

-Bien -dijo Ashe, secamente-; ya veremos quién tiene razón.

-Lo veremos -exclamó Cyprian, y se levantó bruscamente de la mesa. Toda la lánguida pose del esteta le había abandonado; su acento yanqui se hacía sentir como un clarín de desafío, y nada quedaba en él que no perteneciera al nuevo mundo-. Me parece que voy a investigar yo mismo -dijo, estirando sus largos miembros como un atleta-. Mañana voy a registrar este bosquecillo. Es un poco tarde; de lo contrario, lo haría hoy.

-El bosque ha sido registrado ya -dijo el abogado, levantándose a su vez.

-Sí -dijo el americano--. Ha sido registrado por criadas, policías, agentes locales y un sinfín de personas. Yo tengo la idea de que nadie de por aquí es capaz de haberlo registrado de veras.

-Y ¿qué va a hacer usted? -preguntó Ashe.

-Lo que apuesto cualquier cosa que no han hecho ellos -respondió Cyprian.

Y con un curioso aire de renovada animación se encaminó rápidamente a su posada.

Al rayar el alba del día siguiente, apareció en el umbral de «Las Armas de Vane» con todo el aire del que va a emprender un viaje a tierras lejanas. Llevaba en bandolera unos gemelos de campaña, y pendiente de un cinturón, con la inconsciente fanfarronería con que un cowboy lleva su faca, un larguísimo cuchillo de monte. Pero, a pesar de esta simplicidad de hombre de la selva, o tal vez a causa de ella, contemplaba con creciente placer la perspectiva y el perfil pintoresco del anticuado pueblecito, y en especial el cuadro de madera de la vieja muestra del mesón que colgaba sobre su cabeza: un escudo cuyas armas le parecían un mero revoltijo de delfines azules, cruces doradas y pájaros encarnados. Los colores y los ángulos cúbicos de aquella tabla pintada le agradaban como una escena o teatro de polichinelas. Permaneció unos momentos mirando, clavado sobre los guijarros del pueblo; después prorrumpió en una breve carcajada y empezó a subir por las enhiestas calles hasta el parque y el jardín del squire. Allí, desde el alto prado, por encima del árbol y la mesa, podía ver, por un lado, la tierra extendiéndose más allá de la casa en una gran planicie ondulada, que a la clara luz del amanecer parecía sembrada de detalles pintorescos. Los bosques esparcidos por la llanura parecían verdes erizos, tan grotescos como las incongruentes

bestias que se ven andar inexplicablemente en los espacios vacíos de los mapas medievales. La tierra dividida en campos multicolores recordaba la heráldica de la muestra del mesón, y también era a la vez antigua y abigarrada. Por el otro lado, en dirección al mar, el terreno bajaba en rápida pendiente y volvía a subir hasta el famoso o infame bosque; el cuadro de árboles extraños aparecía levemente inclinado sobre el declive, haciendo pensar, si no en un mapa, por lo menos en una perspectiva a vista de pájaro. Solo el centro de los árboles pavo real se destacaba distinto sobre el horizonte, bañado en serena luz como algo casi clásico, un templo triangular de los vientos. Parecían paganos en un sentido más nuevo y más plácido. Paynter se sintió animado de una nueva y juvenil curiosidad por consultar el oráculo. En todas sus correrías nunca había andado tan ligero. Porque el catador de sensaciones había hallado, al fin, algo que hacer; estaba luchando por un amigo.

Se vio detenido una vez, sin embargo, y fue a la misma puerta del jardín de los árboles del conocimiento.

Delante de la negra entrada del bosque, ahora cubierta por un follaje más verde y más denso, vino a dar con una figura solitaria. Era Martín, el leñador, quien patrullaba entre los helechos mirando a su alrededor con desaliento. El hombre parecía hablar consigo mismo.

-La dejé caer aquí -decía-. Pero me parece que nunca más volveré a trabajar con ella. El doctor no me la dejó recoger; y ahora la tienen ellos, como tienen al squire. Madera y hierro, hierro y madera, todo se lo comen.

-¡Vamos! -dijo Paynter afectuosamente-. La señorita Vane se encargará de procurarle cualquier cosa que usted necesite, y no se atormente con todos estos cuentos sobre el squire. ¿Existe la más pequeña señal de que los árboles tengan nada que ver con ellos? ¿Hay ni siquiera aquella rama de más de que hablaban los idiotas?

Paynter empezaba a abrigar la sospecha de que el hombre que tenía delante no estaba en su sano juicio; no obstante, le sorprendió mucho la súbita y fría cordura que apareció por un instante en los ojos del leñador, al responderle este en su ordinaria manera:

-Señor, ¿contó usted las ramas antes?

Entonces pareció volver a su estado anterior; y Paynter le dejó yendo de un lado para otro y revolviendo la maleza. El americano entró en el bosque como un hombre en cuyo camino soleado ha caído, por un instante, una sombra.

Internándose en el bosque, pronto se puso a seguir un frondoso sendero que, hasta bajo aquel sol de estío, se hallaba sumido en una penumbra de color de esmeralda, como si estuviera en el fondo del mar. Daba un rodeo serpenteando mucho más de lo que él había

supuesto, como decidido a acercarse a los árboles centrales igual que si estos fueran el corazón del laberinto de Hampton Court. En todo caso, eran el corazón de un laberinto para él; se dirigió a ellos tan directamente como lo permitía un camino tortuoso, y, al doblar un último recodo, contempló por vez primera los fundamentos de aquellas torres de vegetación que hasta entonces solo había visto en su parte alta, metidas como estaban hasta la cintura en el boscaje. Halló que tenían razón los que suponían que los tres árboles salían de una sola y enorme raíz, como un candelabro; la horcadura, manchada de verdín, lo que la hacía resbaladiza, estaba muy próxima al suelo y ofrecía un primer estribo. Paynter puso el pie en él y sin un asomo de vacilación empezó a subir, como otro Jack, encaramándose por la planta del haba.

Sobre su cabeza, el verde techo de hojas y ramas parecía sellado como un firmamento de follaje; pero doblando y rompiendo ramas a derecha e izquierda, poco a poco fue abriéndose paso hacia arriba; por fin, y súbitamente, tuvo la sensación de salir al tejado del mundo. Le parecía que nunca hasta entonces se había hallado al aire libre. Mar y tierra se extendían en círculo a su alrededor, mientras él se sentaba a horcajadas en una rama del alto árbol: casi se sorprendió de ver el sol relativamente bajo todavía; como si estuviera contemplando el país de perpetuo amanecer.

-En silencio sobre una cumbre en Darien... -observó con una voz innecesariamente fuerte y alegre, y, aunque la idea expresada así fuese ilógica, no era del todo inadecuada. Se sentía como un aventurero primitivo acabado de llegar al nuevo mundo, y no como un viajero moderno que acababa de salir de él.

-No sé -continuó- si soy realmente el primero que ha subido a este árbol silencioso. Así parece. Estos...

Se detuvo y se quedó completamente inmóvil en su rama. Sus ojos, vueltos hacia otra rama situada un poco más abajo, brillaban vigilantes como los de un hombre que acecha a una serpiente.

Lo que estaba mirando, a primera vista podía parecer un gran hongo blanco extendido sobre el tronco liso y monstruoso, pero no era eso. Inclinándose peligrosamente, lo desprendió de la rama donde estaba y después se quedó con él en la mano, contemplándolo. Era el blanco sombrero de panamá del squire Vane, pero el squire no estaba debajo de él. Paynter halló un alivio indescriptible en el mero hecho de que no estuviera.

Allí a la clara luz del sol, aspirando el aire del mar, todos los terrores tropicales de su propio cuento le envolvieron y le ahogaron por un instante. Aquél parecía realmente un diabólico árbol de los pantanos; una serpiente vegetal que se alimentaba de hombres. Hasta lo horriblemente burlesco del capricho de digerir todo un hombre, a

excepción de su sombrero, no parecía hacer más que complicar la pesadilla. Paynter se sorprendió, mirando estúpidamente una hoja del árbol: los extraños dibujos que en parte habían hecho la leyenda. Parecían realmente el círculo de una pluma de pavo real. Era como si el árbol dormido hubiera abierto un ojo para mirarlo.

Con un violento esfuerzo serenó su espíritu y se aseguró en la rama; la razón recobró su imperio, y Paynter empezó a descender llevando asido el sombrero. Cuando se halló otra vez en el suelo del bosque, volvió a estudiar el sombrero con mayor atención. En un punto de la copa había un agujero o desgarrón, que ciertamente no existía la última vez que el sombrero estuvo sobre la mesa bajo el árbol del jardín. Paynter se sentó, encendió un cigarrillo y reflexionó largo rato.

Un bosque, por pequeño que sea, no es fácil de registrar minuciosamente; pero él tenía recursos prácticos para el caso. En cierto sentido, la misma espesura del bosque favorecía su empresa; por lo menos él podía ver dónde alguien se había apartado del camino, por las plantas de todas clases que aparecían rotas y pisoteadas. Después de varias horas de trabajo, había hecho una especie de nuevo mapa del lugar, y había establecido fuera de toda duda que alguna persona o personas se habían desviado con algún objeto en varias direcciones distintas. Había un rastro marcado en el matorral, que formaba un atajo a través de una curva del tortuoso sendero; había otro que derivaba de este como un camino más de los que conducían al espacio central. Pero había especialmente uno que era único y que le pareció apuntar, a medida que lo iba estudiando, a algo esencial del misterio.

Una de estas pistas rotas y pisoteadas iba desde el espacio debajo de los árboles pavo real hacia el interior del bosque, durante unas veinte yardas, y después desaparecía. Más allá de este punto, no había ni una rama rota ni una hoja fuera de sitio. No tenía salida, pero Paynter no podía creer que no tuviera objeto. Después de reflexionar algo más, se arrodilló y se puso a arrancar la hierba y la tierra con un cuchillo, sorprendiéndose de la facilidad con que se desprendía. Al cabo de unos momentos, toda una sección de suelo se levantó como una tapa; era una tapa; era una tapa redonda y ofrecía un curioso aspecto, como de una gorra plana con plumas verdes. Porque aunque el disco en sí estaba hecho de madera, tenía encima una capa de tierra en la que aún crecía la hierba. Al remover la tapa redonda, se hizo patente un agujero redondo, negro como la noche y al parecer sin fondo. Paynter lo comprendió al instante. Estaba muy cerca del mar para ser un pozo, pero el viajero había visto abrir pozos aún más cerca. Se puso en pie, con el cuchillo en la mano, el ceño contraído y sus dudas resueltas. No aguardaría más a decir lo que sabía. Este no

era el primer cadáver que había sido echado en un pozo; aquí, sin losa ni epitafio, estaba la tumba del squire Vane. En una exhalación, todas las tonterías mitológicas sobre santos y pavos reales quedaron olvidadas; el humano sentido común del crimen le había dado en la cabeza como una maza de piedra.

Cyprian Paynter permaneció largo rato junto al pozo del bosque, anduvo a su alrededor, meditando, examinó su borde y el anillo de hierba que lo rodeaba, registró el espacio de tierra contiguo, regresó y volvió a detenerse junto al pozo. Sus pesquisas y sus reflexiones le habían llevado tanto tiempo que no se percató siquiera de que había transcurrido el día y de que el bosque y el mundo a su alrededor empezaban ya a impregnarse de la belleza del atardecer. El día había sido radiantemente tranquilo; el mar parecía tan quieto como el pozo y el pozo tan quieto como un espejo. Pero entonces, completamente de improviso, el espejo se movió como una cosa viva.

En el pozo del bosque el agua saltó y gorgoteó, con un ruido grotesco como de algo que deglutiera, y luego se volvió a aquietar con un segundo ruido. Cyprian no podía ver claramente dentro del pozo, porque la abertura, desde donde él se hallaba, era un elipse, una media raja, medio enmascarada por cardos y hierbas salvajes como por una barba verde.

Porque él se hallaba ahora a tres yardas del pozo, y aún no se había dado cuenta de que había retrocedido toda aquella distancia desde el borde, al sonar el agua.

3 El misterio del pozo

Cyprian Paynter no sabía qué era lo que esperaba ver salir del pozo, si el cadáver del hombre asesinado o simplemente el espíritu de la fuente. Como quiera que fuese, no salió ni lo uno ni lo otro, y él reconoció al cabo de un instante que, después de todo, esto era lo más natural. Una vez más se dominó, se acercó al borde del pozo y miró dentro. Como antes, vio brillar débilmente el agua, que a aquella profundidad no era más clara que la tinta; imaginó percibir todavía un leve temblor y un murmullo, pero poco a poco todo volvió a caer en un reposo absoluto. Excepto echarse suicidamente de cabeza allí dentro, no había otra cosa que hacer. Se daba cuenta de que, en todo su equipo, no había llevado nada parecido a una cuerda o cesto, y al cabo decidió volver por ellos.

Mientras enderezaba sus pasos hacia la entrada, repasó e inventarió sus descubrimientos más positivos. Alguien había entrado en el bosque, había matado al squire y lo había echado al pozo. No admitía ni por un momento que fuera su amigo el poeta; pero, si se había visto realmente a este último salir del bosque, el asunto era serio. Mientras andaba, hendían las sombras del crepúsculo rojo resplandores que casi le hicieron imaginar por un momento que algún fantástico criminal había pegado fuego al bosquecillo. Una segunda mirada no le reveló otra cosa que una de las encendidas puestas de sol en que terminan a veces estos días tan serenos.

Al salir a plena luz, por la oscura puerta de árboles, vio una negra figura de pie y completamente inmóvil en el sombrío helechal, allí mismo donde había dejado al leñador. Pero no era el leñador.

Remataba la figura un sombrero de copa de tipo fúnebre, y toda ella se destacaba tan negra sobre el campo de fuego carmesí del horizonte que Paynter estuvo un instante sin poder reconocerla o recordarla. Cuando lo hizo, fue con un extraño cambio en todos sus pensamientos.

-¡Doctor Brown! -exclamó-. ¿Qué está usted haciendo aquí?

-He estado hablando con el pobre Martín -respondió el doctor, y con un movimiento algo torpe de la mano indicó la carretera que conducía al pueblo. Siguiendo el ademán, Paynter vio confusamente otra negra figura que se alejaba en la roja lontananza. Vio también que la mano que señalaba era negra en realidad y no porque estuviera

en la sombra; al acercarse, descubrió que el vestido del doctor era realmente fúnebre, hasta en el detalle de los guantes oscuros. Esto dio al americano un leve, pero extraño sobresalto, como si se tratara efectivamente de un enterrador que hubiese ido a enterrar el cadáver que no podían hallar.

-El pobre Martin ha estado buscando su hacha -observó el doctor Brown-, pero le he dicho que yo la había recogido y se la había guardado. Entre usted y yo, creo que casi no está en condiciones de que se le pueda confiar. Después, viendo la mirada que el otro dirigía a su negro atavío, añadió:

-Vengo de un entierro. ¿No se ha enterado de que ha habido otra defunción? La mujer del pobre Jake, el pescador, de la cabaña de la playa, ¿sabe? Esa infernal fiebre, por supuesto.

Mientras los dos se volvían, de cara a la luz roja del atardecer, Paynter, instintivamente, hizo un examen más atento, no solo de los vestidos del doctor, sino del doctor mismo. El doctor Burton Brown era un hombre alto, despierto, vestido con aseo, que por otra parte habría tenido un cierto aire militar a no ser por sus lentes y por el casi doloroso intelectualismo de su rostro enjuto y moreno y su frente calva. El contraste se hacía más fuerte por el hecho de que, mientras su rostro era del tipo ascético que generalmente se concibe como totalmente rasurado, tenía una tira de bigote demasiado corta para podérsela morder, y, no obstante, una boca que a menudo se movía como si tratara de morderla. Podía haber sido un inteligente cirujano militar, pero tenía más el aire de un ingeniero o de un hombre afecto a uno de aquellos servicios que combinan un silencio militar con una ciencia más que militar. Paynter había respetado siempre en aquel hombre un no sé qué que inspiraba confianza. Después de una breve vacilación, le refirió todos sus pensamientos.

El doctor tomó en sus manos el sombrero del difunto squire y lo examinó con toda atención. Metió un dedo por el agujero de la copa y lo movió meditativamente. Paynter se dio cuenta de cómo su propia fatiga le había vuelto imaginativo, porque una cosa tan tonta como el negro dedo meneándose en el agujero de aquella reliquia blanca le desagradó de un modo irrazonable. Pronto el doctor hizo el mismo descubrimiento con profesional sagacidad, y le sacó más consecuencias. Porque, cuando Paynter empezó a hablarle del agua que se movía en el pozo, le miró un instante a través de sus lentes, y después dijo:

-¿Ha comido usted?

Paynter, por primera vez, se dio cuenta de que, de hecho, se había pasado el día trabajando y pensando furiosamente, sin comer nada.

-No se imagine, por favor, que yo quiera sugerir que usted haya comido demasiado -dijo el médico con fúnebre humor-; al contrario,

quiero decir que ha comido poco. Me parece que está usted algo decaído, y sus nervios exageran las cosas. De todos modos, permítame aconsejarle que no haga nada más esta noche. No se puede hacer nada sin disponer de cuerdas y de unos avíos de pescar, si es que basta con esto; pero creo que puedo obtener para usted unos arpeos de los que emplean los pescadores para rastrear. Sé que el pobre Jake tiene unos. Mañana temprano se los traeré. El hecho es que yo voy a vivir algún tiempo con él, pues está fuera de sí, y pienso que será mejor que sea yo quien le pida estas cosas y no un forastero. Estoy seguro de que lo comprende usted.

Paynter comprendió lo suficiente para asentir, y quedó contemplando, distraídamente, cómo el doctor bajaba por el escarpado camino a la playa y a la cabaña del pescador. Después apartó de sí ciertos pensamientos que no había examinado, ni siquiera tenido conscientemente, y se volvió, lento y un poco entristecido, a «Las Armas de Vane».

El doctor, todavía fúnebre en sus maneras, aunque ya no en su atavío, apareció puntualmente a la mañana siguiente bajo la muestra de madera, cargado con lo que había prometido: un aparato de ganchos y una red para poder subir cualquier cosa sumergida a una razonable profundidad. Iba a hacer su ronda profesional y no trató ya de disuadir al americano de sus experimentos nada profesionales como detective. Este boyante aficionado había, en efecto, recobrado, si no toda, buena parte de su animación de la víspera. Se hallaba ahora en condiciones de resistir cualquier examen médico, y volvía con toda su energía al escenario de sus trabajos del día anterior.

Podía muy bien ser que alegrara e hiciera más ligero su segundo día de labor el hecho de contar no solamente con la luz del sol y el canto de los pájaros en el bosquecillo, a más de aparatos adecuados con que trabajar, sino también con compañía humana, y del tipo más inteligente. Después de dejar al doctor y antes de salir del pueblo, se le había ocurrido buscar el patio o plazuela donde se levantaba la sencilla casa de Andrew Ashe, el abogado, y la operación del rastreo se hizo entre dos. Dos cabezas

escudriñaban el interior del pozo en el bosque: una de pelo pajizo, flaca y ansiosa; otra de pelo rojizo, maciza y reflexiva; y, si es verdad que dos cabezas valen más que una, aún lo es más que cuatro manos valen más que dos. En todo caso, sus reiterados esfuerzos reunidos dieron al fin su fruto, si es que se puede llamar fruto a algo tan mondo y enjuto. Bailaba en la red mientras la subían y cayó rodando sobre el borde herboso del pozo; era un hueso.

Ashe lo cogió y se quedó con él en la mano, frunciendo el ceño.

-Aquí nos hace falta el doctor Brown -dijo-. Esto puede ser el hueso

de algún animal. Cualquier perro u oveja puede haber caído en un pozo oculto.

Se interrumpió, porque su compañero estaba ya desprendiendo un segundo hueso de la red.

Al cabo de otra media hora de esfuerzos, Paynter tuvo ocasión de observar:

-Debía ser un perro de buen tamaño -había ya a sus pies un montón de aquellos blancos fragmentos.

-Aún no he visto nada -dijo Ashe hablando más claramente- que sea con toda certeza un hueso humano.

-Me imagino que esto debe de ser un hueso humano -dijo el americano.

Y volvió un poco la cara al alargar al otro una calavera.

No había duda de cuál era la clase de calavera; tenía aquella curva única que encierra el misterio de la razón, y bajo ella dos negros agujeros que habían albergado unos ojos humanos. Pero, a la izquierda, había otro negro agujero más pequeño, que no era el de un ojo:

Entonces el abogado dijo, con algo que parecía un esfuerzo:

-Podemos admitir que es un hombre, sin admitir que sea... un hombre determinado. Podría haber algo de verdad, después de todo, en aquel cuento del borracho; podría haberse caído en el pozo. En ciertas condiciones, después de cierto proceso natural, me imagino yo, los huesos podrían llegar a descarnarse de este modo, aun sin la intervención de un asesino. Otra vez nos hace falta el doctor.

Después añadió de pronto (y el sonido mismo de su voz sugería que apenas creía en sus propias palabras):

-¿No tiene usted aquí el sombrero del pobre Vane?

Lo tomó de manos del silencioso americano y con una especie de prisa lo encajó en la huesuda cabeza.

-¡No haga eso! -dijo el otro involuntariamente.

El abogado había metido el dedo, como había hecho el doctor, por el agujero del sombrero, y caía exactamente sobre el agujero del cráneo.

-Tengo más derecho a estremecerme que usted -dijo serenamente, pero con voz vibrante-. Me parece que soy el amigo más antiguo.

Paynter asintió silenciosamente, aceptando la identificación definitiva. No había ya lugar a dudas o a esperanzas. Se aplicó al aparato rastreador y no volvió a hablar hasta que hizo su último hallazgo.

El canto de los pájaros parecía hacerse más fuerte, a su alrededor, y la danza de las hojas verdes se repetía en la danza del verde mar estival. De los misteriosos árboles solo podían verse las grandes raíces, porque el resto quedaba arriba, muy lejos, y alrededor, todo era un

bosque de cosas pequeñas, animadas y felices. Ellos habrían podido ser dos inocentes naturalistas o bien dos niños en vacaciones buscando lagartijas, cuando Paynter subió algo que pesaba en la red más que ningún hueso. Poco faltó para que rompiera las mallas; luego cayó, con un sonido metálico, sobre una piedra cubierta de musgo.

-La verdad está en el fondo de un pozo -exclamó el americano con voz animada-. ¡El hacha del leñador!

En efecto, esta yacía plana y brillante, sobre la hierba, junto al pozo del bosque, como había yacido en el matorral donde el leñador la había arrojado al principio de toda la historia. Pero en un ángulo de la luciente pala había una mancha parda y opaca.

-Ya veo -dijo Ashe- el hacha del leñador, y, por consiguiente, el leñador. Sus deducciones son rápidas.

-Mis deducciones son razonables -dijo Paynter-. Mire, míster Ashe; yo sé lo que usted está pensando. Sé que usted desconfía de Treherne; pero estoy seguro de que, a pesar de esto, será usted justo. Para empezar, es indudable que lo primero que se puede suponer es que el hacha del leñador ha sido usada por el leñador. ¿Qué tiene usted que decir a esto?

-A eso yo digo: no -respondió el abogado-. Lo último que un leñador usará como arma será un hacha de leñador; es decir, si está en su sano juicio.

-No lo está -dijo Paynter pacientemente-; usted dijo hace poco que desearía conocer la opinión del doctor. El doctor es, en este punto, de mi misma opinión. Ambos encontramos a Martin rondando por ahí fuera. Hay que reconocer que este asunto le tiene, por lo menos, trastornado. Si el asesino fuera un hombre práctico como usted mismo, podría tener usted razón en lo que dice. Pero este asesino es un místico. Ha sido arrastrado por una manía fanática relacionada con estos árboles. Es muy posible que él se figurase que el servirse de un hacha daba a la cosa la solemnidad de un sacrificio y que hubiese deseado poder cortar la cabeza a Vane delante de una multitud, como se la cortaron a Carlos I. Aún está buscando el hacha, y probablemente la considera como una reliquia sagrada.

-Por cuya razón -dijo Ashe sonriendo- inmediatamente la echó en un pozo.

Paynter se rió.

-Realmente, aquí me ha cogido usted -dijo-. Pero me parece que usted piensa algo más. Usted dirá, ya me lo figuro, que todos vigilábamos el bosque; pero, ¿es verdad esto? Francamente, yo casi puedo imaginar que los árboles pavo real me dieron una especie de enfermedad..., una enfermedad soporífera.

-Bien -contestó Ashe-; ahí me ha cogido usted también. Creo que no podría jurar haber estado despierto todo el tiempo; pero yo no lo

atribuyo a los árboles mágicos, sino a un hábito personal de acostarme por las noches. Pero, vea usted, míster Paynter; hay otro argumento mejor contra la suposición de que el crimen haya sido cometido por un extraño del lugar. Concedamos que el asesino hubiese podido deslizarse entre nosotros sin que le viéramos y hubiese atacado al squire. ¿Por qué había de ir a buscarle en el bosque? ¿Cómo sabía que se hallaba en el bosque? Usted recuerda cuán de repente el pobre Vane emprendió el camino del bosque, cuán momentáneo fue el impulso a que obedeció. El bosque es el último lugar donde uno normalmente buscaría a un hombre así en mitad de la noche. No; es horrible decirlo, pero nosotros, los reunidos alrededor de la mesa del jardín, éramos los únicos que lo sabíamos. Lo cual me lleva a un punto de sus observaciones que me parece completamente cierto.

-¿Cuál? -inquirió el otro.

-Que el asesino era un místico -dijo Ashe-. Pero un místico más inteligente que el pobre y viejo Martín.

Paynter inició un murmullo de protesta y luego se calló.

-Hablemos claro -prosiguió el abogado-. Treherne tenía todos esos locos motivos que usted mismo admite contra el pobre leñador. Sabía dónde se hallaba Vane, lo cual no puede de ningún modo decirse del leñador. Pero hay más. ¿Quién aguzó y provocó al squire para que fuera al bosque? Treherne. ¿Quién, prácticamente, profetizó, como un infernal astrólogo aficionado, que le pasaría algo si entraba en el bosque? Treherne. ¿Quién, por alguna razón, no importa cuál, ardía en impaciencia y desasosiego durante toda la noche, yendo y viniendo por el acantilado y prorrumpiendo en extrañas afirmaciones de que todo terminaría pronto? Treherne. Y, sobre todo, cuando yo me acerqué al bosque, ¿a quién vi salir de él deslizándose rápido y silencioso como una sombra, pero volviendo una vez el rostro hacia la luna? Bajo juramento y por mi honor, declaro que fue Treherne.

-Es espantoso -dijo Paynter, como anonadado-. Lo que usted dice es sencillamente espantoso.

-Sí -dijo Ashe seriamente-, muy espantoso, pero muy sencillo. Treherne sabía dónde había caído anteriormente el hacha. Yo le vi, el primer día que comió aquí, seguirla con los ojos como un lobo, mientras miss Vane le estaba hablando. Aquella terrible noche, podía fácilmente haberla recogido cuando entró en el bosque. Conocía, indudablemente, la existencia del pozo; ¿quién es probable que conociera mejor que él todas las antiguas tradiciones sobre los árboles pavo real? Escondió el sombrero entre los árboles, donde tal vez esperase (aunque esto no tiene importancia) que nadie se atrevería a mirar. Como quiera que sea, lo escondió, sencillamente, porque era lo único que habría flotado en el pozo. Míster Paynter, ¿cree usted que yo diría esto de un hombre, movido solo por una mezquina aversión?

¿Podría ningún hombre decir esto de otro hombre, a no ser que el cuadro de los indicios acusadores fuese completo, como es completo en este caso?

-Es completo -dijo Paynter, muy pálido-. No me queda contra él nada más que una débil e irracional impresión: la de que, de una manera u otra, si el pobre Vane pudiera estar ahora vivo ante nosotros, nos contaría una historia diferente y todavía más increíble.

Ashe hizo un gesto apesadumbrado.

-¿Pueden revivir esos huesos secos? -dijo.

-Señor, tú lo sabes -respondió el otro maquinalmente-. Hasta estos huesos secos...

Y, de pronto, se detuvo con la boca abierta y con una cegadora luz de maravilla en sus ojos claros.

-Oiga -dijo ronca y presurosamente-. Usted ha dicho la palabra. ¿Qué significa esto? ¿Qué puede significar? ¿Secos? ¿Por qué están secos estos huesos?

El abogado se sobresaltó y miró al montón.

-¡Un cuadro perfecto! -exclamó Paynter, con creciente excitación-. ¿Dónde está el agua del pozo? ¿El agua que yo vi saltar como una llama? ¿Por qué saltaba? ¿Dónde ha ido? ¡Perfecto! Estamos sepultados en enigmas.

Ashe se agachó, cogió un hueso y lo contempló.

-Tiene usted razón -dijo con voz baja y temblorosa-: este hueso está seco... como un hueso.

-Sí; tengo razón -respondió Cyprian-. Y su místico continúa tan misterioso... como un místico.

Hubo un silencio prolongado. Ashe dejó el hueso, tomó el hacha y la examinó más atentamente. Aparte la mancha opaca en un ángulo del acero, nada inusitado había en ella, excepto una ancha tira de tela blanca que envolvía el mango, tal vez para que se le pudiera asir mejor. El abogado consideró digno de observar, sin embargo, que la tira era, indudablemente, más nueva y estaba más limpia que el hacha. Pero las dos aparecían completamente secas.

-Míster Paynter -dijo por fin-. Confieso que usted se ha apuntado un tanto, si no en la letra, en el espíritu. En lógica estricta, este otro y mayor enigma no es una respuesta a mis argumentos. Si esta hacha no se ha mojado en agua, se ha mojado en sangre; y el agua saltando del pozo no explica al poeta saliendo del bosque. Pero reconozco que, moral y prácticamente, establece una diferencia vital. Nos enfrentamos ahora con una enorme contradicción y no sabemos hasta dónde llega. El cadáver puede haber sido cortado o hervido por el asesino hasta dejar los huesos mondos y lirondos, aunque cueste mucho hacer concordar esto con las condiciones del asesino. Puede, quizás, haber sido reducido a este estado por alguna propiedad del

agua y del suelo, porque la descomposición varía infinitamente con estas cosas. Yo no abandonaría mi sólida argumentación *prima facie* sobre la persona probable a causa de estas dificultades. Pero aquí tenemos algo completamente distinto. Que los huesos en sí permanezcan secos en un pozo de agua es cosa que nos lleva al borde de algo, más allá de lo cual no podemos hacer ninguna conjetura. Hay un nuevo factor, enorme y completamente desconocido. Mientras no podamos coordinar estos hechos prodigiosos, no podremos coordinar una acusación contra Treherne, hemos de apelar a él. Hemos de exponer francamente lo que hay contra él y confiar en que podrá y querrá darnos una explicación. Propongo que regresemos y lo hagamos en seguida.

Paynter, que empezaba a seguirle, vaciló un momento, y luego dijo:

-Perdone usted que me tome una especie de libertad; como dice usted muy bien, usted es amigo de la familia desde hace más tiempo que yo. Estoy completamente de acuerdo con lo que usted propone; pero antes de obrar según sus sospechas, ¿no cree usted que miss Vane debería ser advertida? Temo que esto le cause un nuevo disgusto.

-Muy bien -dijo Ashe después de mirarle fijamente por un instante-. Vamos a ella primero.

Desde la abertura del bosque podían ver a Bárbara Vane escribiendo en la mesa del jardín, que estaba cubierta de correspondencia, y al mayordomo con su cetrino rostro esperando detrás de su silla. A medida que las extensiones de hierba disminuían entre ellos y el pequeño grupo de la mesa se hacía mayor y más distinto a la luz del sol, Paynter tuvo la penosa sensación de formar parte de una embajada de muerte. Esta sensación se hizo más aguda cuando la muchacha levantó sus ojos de la mesa y les sonrió.

-Quisiera hablarle reservadamente, si lo permite usted -dijo el abogado, con un respeto mezclado de autoridad.

Y, cuando el mayordomo se hubo retirado, expuso a la muchacha todo el asunto, hablando con simpatía, pero sin ocultar nada, desde el extraño hecho de haber visto al poeta saliendo del bosque hasta el último detalle de los huesos secos hallados en el pozo. No se podía hallar falta a ninguna de sus frases, ni al tono en que las pronunciaba. No obstante, Cyprian, sintiendo vibrar en todos sus nervios la fina delicadeza de los de su país en relación al otro sexo, sufría como si ella se hallara ante un inquisidor. Se movía desasosegado, contemplaba las pocas nubes de color de rosa que cruzaban el cielo despejado y los alegres pájaros que volaban sobre el bosque. Hubiese preferido con todo su corazón hallarse otra vez subido en el árbol.

Pronto, sin embargo, la manera como la muchacha tomaba la cosa

empezó a inspirarle más extrañeza que compasión. No se parecía en nada a lo que él había esperado, y, no obstante, no podía decir en qué consistía la diferencia. La identificación definitiva del cráneo de su padre mediante la rotura en el sombrero la puso un poco pálida, pero la dejó serena; esto se explicaba, tal vez, puesto que desde el primer momento había temido lo peor. Pero durante el resto de la historia se leía en su ancha frente, bajo sus cobrizas crenchas, un estado de cavilación que era en sí mismo un misterio. Paynter solo podía decirse que la joven era simplemente menos receptiva, ya fuese por firmeza o por debilidad, de lo que él hubiese esperado. Era como si la joven estuviera dando vueltas, no al problema que ellos le presentaban, sino a su propio problema. Permaneció Bárbara largo rato callada, y al fin dijo:

-Gracias, míster Ashe. Verdaderamente, les estoy muy agradecida por esto. Al fin y al cabo, ello lleva las cosas al punto donde, tarde o temprano, tenían que llegar.

Miró como abstraída al bosque y al mar, y continuó:

-No es a mí sola a quien hay que tener en cuenta, ¿saben ustedes?; pero si ustedes realmente piensan eso, es hora de que yo hable sin consultar a nadie. Ustedes dicen, como si fuera algo muy espantoso: «Treherne estaba en el bosque aquella noche.» Bien; eso no es tan espantoso para mí, porque yo ya lo sabía. De hecho, él y yo estuvimos juntos allí.

-¡Los dos! -repitió el abogado.

-Estábamos juntos -dijo ella quedamente-, porque teníamos derecho a estar juntos.

-¿Quiere usted decir -balbuceó Ashe, aturdido por la sorpresa- que eran ustedes novios?

-¡Oh, no! -dijo ella-. Estábamos casados.

Después, en medio de un silencio sobrecogido, añadió con una especie de reflexión:

-En realidad, lo estamos todavía.

A pesar de su gran serenidad habitual, el abogado se retrepó en su silla con una especie de densa estupefacción que inspiró a Paynter una sonrisa.

-Ustedes me preguntarán, por supuesto -continuó Bárbara con su mismo tono mesurado, por qué teníamos que casarnos en secreto, de manera que hasta mi pobre padre lo ignorara. Para empezar, voy a responderles francamente: porque si él lo hubiese sabido, sin duda alguna me hubiese desheredado. No le era simpático mi marido; y casi imagino que tampoco les es simpático a ustedes. Al contarles esto sé muy bien lo que ustedes dirán: el usual aventurero que hace presa en una heredera. Es algo completamente razonable, y en este caso completamente equivocado. Si yo hubiera engañado a mi padre por el

dinero o hasta por el hombre mismo, me sentiría un poco avergonzada al hablarles de ello. Y me parece que pueden ver que no estoy avergonzada.

-Sí -dijo el americano haciendo una grave reverencia-; sí; lo veo.

Ella le miró un momento pensativa, como buscando palabras con que explicar un asunto oscuro, y después dijo:

-¿Recuerda usted, míster Paynter, aquel día en que usted comió aquí con nosotros y nos habló de los árboles africanos? Bueno, pues fue mi natalicio; quiero decir el día de mi nacimiento. Yo nací entonces, o me desperté, o algo así. Me había paseado por este jardín como una sonámbula al sol. Me parece que hay muchos sonámbulos en nuestra clase social; atontados por la salud, narcotizados por los buenos modales, demasiado bien adaptados a su medio para ser vivientes. Bien; de una manera u otra, yo empecé a vivir; y ustedes saben cuán honda huella ha dejado en nosotros todo lo que percibimos por primera vez cuando, siendo niños, empezamos a fijarnos en las cosas. Yo empecé a fijarme en las cosas, y lo primero que me impresionó fue la historia de usted, míster Paynter. Fue como si oyese hablar a san Securis igual como los niños oyen hablar de Santa Claus y como si aquel gran árbol fuese un duende en que yo creyera todavía. Porque todavía creo en estas cosas; mejor dicho, cada día creo más en ellas; tengo por cierto que mi pobre padre pereció por su incredulidad, y todos ustedes corren a su propia ruina, en pos de él. Por esta razón deseo honradamente el patrimonio, y por eso no siento vergüenza de desearlo. Estoy completamente segura, míster Paynter, de que solo los que comprenden pueden salvar este país agonizante y esta población agonizante. Quiero decir los que comprenden un millar de pequeñas señales y guías en la misma disposición de la tierra y ven huellas casi borradas por las pisadas de los hombres. Mi esposo las comprende y yo he empezado a comprender; mi padre no hubiera comprendido nunca. Hay influjos, hay el espíritu de un lugar, hay presencias que no se pueden desconocer. ¡Oh, no imaginen ustedes que soy una sentimental y que ansío la vuelta de los buenos tiempos antiguos! Los tiempos antiguos no fueron todos buenos; aquí está precisamente el quid, y hemos de comprender lo bastante para distinguir lo bueno de lo malo. Hemos de comprender lo bastante para salvar las huellas de un santo o una sagrada tradición, o bien donde se ha adorado a un dios perverso destruir su altar y talar su bosque.

-¡Su bosque! -dijo Paynter automáticamente. Y miró hacia el bosque, donde los pájaros volaban al sol.

-Mistress Treherne -dijo Ashe con una calma tremenda-. No estoy tan lejos de apreciar eso como usted quizá puede suponer. Ni siquiera le diré que todo eso sea locura, porque es algo mejor. Es, si puedo decirlo, locura de luna de miel. No quiero negar el dicho según el cual

esta hace girar el mundo, aunque también trastorne las cabezas. Pero existen otros sentimientos, señora, y otros deberes. No necesito decirle que su padre era un hombre bueno y que lo que le ha acaecido sería de lamentar, aun cuando se tratara de un hombre malo. Esta es una cosa terrible, y es precisamente en medio de los horrores donde hemos de conservar nuestro sentido común. Hay épocas para todo, y cuando mi buen amigo yace asesinado, no quiero oír cuentos, aunque sean los más hermosos cuentos de hadas, sobre un santo y su bosque encantado.

-Y usted -exclamó ella, y se levantó rápida y radiante-, ¿con qué cuento de hadas me viene? ¿Por qué bosque encantado anda usted? Usted viene y me dice que míster Paynter encontró un pozo donde el agua bailaba y después desaparecía; pero, naturalmente, esto de creer en milagros es tontería. Me dice que usted mismo ha pescado huesos debajo de la misma agua y que todos estaban secos como una galleta... Pero, ¡por Dios, no digamos nada que pueda trastornar la cabeza a nadie! ¡Realmente, míster Ashe, debe tratar usted de conservar el sentido común! Sonreía, pero con los ojos relampagueantes. Ashe se puso en pie con una sonrisa en que sin querer se declaraba vencido.

-Bien; tenemos que irnos -dijo-. Puedo declarar que hay que rendir verdaderamente homenaje a su nueva y trascendental ilustración. Si me es lícito decirlo, siempre he creído que tenía usted mucha inteligencia, y ha aprendido a servirse de ella.

Los dos detectives aficionados volvieron al bosque por un momento para que Ashe estudiase el traslado de los restos del infortunado squire. Como hizo notar, ahora era legalmente posible abrir una indagatoria, y, a pesar del estado incipiente de las investigaciones, él creía que debía celebrarse en seguida.

-Yo seré el juez instructor -dijo-, y pienso que será un caso de «persona o personas desconocidas». No se sorprenda usted; esto se hace a menudo para dar al culpable una falsa impresión de seguridad. No es esta la primera vez que la Policía ha estimado conveniente que se dicte auto primero y se haga la investigación después.

Pero Paynter no había prestado mucha atención a este punto, porque su gran capacidad de entusiasmo, largo tiempo desperdiciada en el arte y la ficción, se hallaba excitada hasta la inspiración por el interés de la vida real en que estaba participando.

Era realmente un gran crítico; tenía el genio de la admiración; y su admiración variaba adecuadamente con todo lo que admiraba.

-Una muchacha espléndida y una historia espléndida -exclamó-. Me siento como si volviera a estar enamorado, no tanto de ella como de Eva o de Elena de Troya, o de cualquier otra belleza parecida en el amanecer del mundo. ¿No adora usted todas las cosas heroicas, aquella gravedad y aquella gran franqueza y la manera como

descendió de una especie de trono para estar en la selva con un vagabundo? ¡Oh, créame usted; es ella la poetisa! Ella es la que tiene la mejor razón, y el honor y el valor descansan en su alma.

-En resumen, es extraordinariamente bonita -respondió Ashe con cierto cinismo-. Yo he conocido bastante bien a una asesina que se le parecía mucho, y tenía el cabello del mismo color.

-Usted habla como si un asesino pudiera ser cogido con el cabello ensangrentado en vez de con las manos ensangrentadas -replicó Paynter-. En este mismo momento usted podría ser cogido con el cabello ensangrentado. ¿Es usted, por casualidad, un asesino?

Ashe levantó los ojos vivamente y luego sonrió.

-Temo no entender tanto de asesinos como usted entiende de poetas -respondió-; pero le aseguro que los hay de todos los colores, tanto en el pelo como en el temperamento. Supongo que esto es inhumano, pero el mío es un oficio monstruosamente interesante hasta en un pequeño lugar como este. Por lo que se refiere a esa muchacha, la conozco de toda la vida, y... , pero esta es precisamente la cuestión. ¿La he conocido toda la vida? ¿La he conocido realmente? ¿Existía, en realidad, para poderla conocer? Usted la admira porque dice la verdad; y, por Dios, que dijo la verdad cuando dijo que despiertan tarde algunos que no habían vivido antes. ¿Sabemos de lo que son capaces, nosotros, que solo los habíamos visto dormidos?

-¡Dios del cielo! -exclamó Paynter-. No se atreverá usted a insinuar que ella...

-No, no-dijo el abogado con calma-; pero hay otras razones... No insinúo nada en concreto hasta que hayamos celebrado nuestra entrevista con su poeta... Me parece que sé dónde hallarlo.

Le encontraron, efectivamente, antes de lo que esperaban, sentado en el banco exterior de «Las Armas de Vane» bebiendo un jarro de sidra y esperando la vuelta de su amigo el americano; así, no fue difícil entablar conversación con él. No evitó tampoco en modo alguno el hablar de la tragedia; y el abogado, sentándose también en el largo banco que dominaba el pequeño lugar, no tardó en exponer los últimos acontecimientos con la misma lucidez con que lo había hecho delante de Bárbara.

-Bien -dijo Treherne al fin, retirándose y mirando con el ceño fruncido la muestra de los pájaros pintados y los delfines que colgaban sobre su cabeza-. Supongo que alguien mató al squire. Él mató a una porción de gente con su higiene y su señorío ilustrado.

Paynter se intranquilizó mucho con este alarmante principio; pero el poeta prosiguió serenamente, con las manos metidas en los bolsillos y las piernas estiradas hacia la calle:

-Cuando un hombre tiene el poder del sultán de Turquía y se sirve de él con las ideas de una solterona de Tooting, a menudo me

maravillo de que nadie le dé de puñaladas. Yo quisiera que hubiese más comprensión para los asesinos. Me duele mucho que el pobre señor haya muerto; pero ustedes, los señores, parecen olvidar que hay otras personas en el mundo. Él está bien; era una buena persona, y me imagino que su alma habrá ido al que yo creo el mejor de los paraísos.

El ansioso americano no pudo leer nada del efecto causado por todo esto en el impenetrable rostro del abogado, quien se limitó a decir:

-¿A qué se refiere usted?

-Al paraíso de los tontos -dijo Treherne. Y vació su jarro de sidra.

El abogado se levantó. No miró a Treherne, ni le habló; pero miró y habló por encima de él al americano, quien halló muy inesperado lo que dijo:

-Míster Paynter -dijo Ashe-, usted consideraba un poco morboso el que yo me dedicara a coleccionar asesinos; pero ha sido una suerte para la opinión que tiene usted del caso el que yo lo hiciera. Le sorprenderá que le diga que míster Treherne se ha librado de toda sospecha a mis ojos. He tratado a varios asesinos, como ya he hecho notar; pero hay una cosa que no he visto hacer a ninguno de ellos. Nunca he oído a un asesino hablar del asesinato y negarlo y excusarlo al mismo tiempo. No; si un hombre oculta su crimen, ¿por qué se va a molestar en excusarlo?

-Bien -dijo Paynter con su rápida percepción. Siempre he dicho que era usted un hombre notable; y esta es, ciertamente, una idea notable.

-¿He de entender -preguntó el poeta sacudiendo sus pies sobre las losas de la calle- que ustedes dos, caballeros, han estado tratando amablemente de llevarme a la horca?

-No -dijo Paynter reflexivamente-. Nunca le he creído culpable; y, aun suponiendo que así hubiera sido, nunca le habría creído tan culpable que fuese culpable. No habría sido por dinero ni por nada mezquino, sino por algo más grande y digno de un hombre de genio. Al fin y al cabo, supongo yo, el poeta tiene sus pasiones, además de sus grandes apetitos espirituales, y el mundo ha juzgado siempre con más indulgencia sus pecados. Pero ahora que míster Ashe reconoce la inocencia de usted, yo puedo declarar honradamente que siempre la he afirmado.

El poeta se levantó también.

-Yo soy inocente, por raro que parezca -dijo-. Pienso que podría arriesgar una idea acerca de ese pozo que desaparece; pero de la muerte y de los huesos enjutos sé tan poco como el muerto... o menos. De paso, querido Paynter -y volvió hacia el crítico dos ojos brillantes-, usted perdonará que no me disculpe de todo lo que no he hecho; espero que me disculpará si discrepo de usted completamente en lo que a la moralidad de los poetas se refiere. Como usted sugiere, es una

opinión en boga, pero me parece un error. Ningún hombre tiene menos derecho a faltar a la ley que un hombre de imaginación. Porque este tiene sus aventuras espirituales y puede tomarse sus vacaciones cuando quiera. Yo me podía figurar al squire arrebatado al país de los elfos cada vez que desease que se lo llevaran, y aquel bosque no necesita ningún crimen para que yo lo tuviera por malo. Aquella roja puesta de sol del otro día era todo lo que un asesinato habría sido para muchos hombres. No señor, Ashe; la próxima vez que usted se siente a juzgar, muestre un poco de misericordia para con algún desgraciado que tenga que beber cerveza para gustarla y tenga que hurtarla para beberla. Tenga compasión con la primera cuadrilla de pobres ladrones que tengan que robar las cosas para poseerlas. Pero si me coge usted robando un solo ochavo cuando puedo cerrar los ojos y ver la ciudad de El Dorado e irguió la cabeza como un halcón-, no tenga usted piedad conmigo, porque no la mereceré.

-Bien -observó Ashe-; he de ir a disponer las cosas para la indagatoria. Míster Treherne, su actitud es singularmente interesante; realmente, casi me hubiera gustado poderle agregar a usted a mi colección de asesinos. Es un conjunto muy variado.

-¿No se le ha ocurrido a usted nunca -preguntó Paynter- que quizá los hombres que nunca han cometido un asesinato sean un conjunto variado y muy extraordinario? Acaso la vida de cada hombre ordinario contenga el verdadero misterio, el secreto de los pecados evitados.

-Es muy posible -respondió Ashe-. Pero resultaría muy largo detener al primer hombre que pasase por la calle y preguntarle cuáles son los crímenes que no ha cometido y por qué. Yo tengo mucho que hacer. Así, pues, ya me disculparán.

-¿Cuál es -preguntó el americano cuando él y el poeta estuvieron solos- esa idea de usted acerca del agua misteriosa?

-No sé si decirlo todavía -respondió Treherne brillándole en los negros ojos algo de su interior travesura-. Pero le diré otra cosa que puede tener relación con ello; algo que no podría decir hasta que mi mujer les hubiera contado lo de nuestra cita en el bosque.

Volvió a ponerse serio y prosiguió después de una pausa:

-Cuando mi mujer iba a seguir a su padre, yo le aconsejé que volviera primero a la casa, para salir de ella por otra puerta e ir a reunirse en el bosque conmigo al cabo de media hora. A menudo habíamos tenido estas citas, y generalmente lo encontrábamos muy divertido; pero esta vez el caso era serio, y yo no quería precipitarme. Era cuestión de ver si podía hacer algo para evitar un experimento que los dos sentíamos vagamente que debía de ser peligroso, y mi mujer, en especial, opinó, después de reflexionarlo, que cualquier injerencia

empeoraría las cosas. Preveía que el viejo, después de que se le había desafiado a hacer algo, no se dejaría disuadir por el mismo que le había desafiado o por una mujer a la que consideraba como una chiquilla. Me dejó al cabo con una especie de desaliento; pero yo me quedé con cierta esperanza de poder hacer algo, y me acerqué dudando al corazón del bosque. Allí, en vez del silencio que esperaba, oí una voz. Parecía que el squire estuviese hablando solo, y tuve la desagradable impresión de que él había ya perdido el juicio en aquel bosque embrujado. Pero pronto descubrí que, si estaba hablando solo, lo hacía con dos voces. Otras imaginaciones me asaltaron, como la de que la otra voz era la voz de un árbol o las voces de los tres árboles hablando juntos y sin ningún hombre cerca de ellos. Pero no era la voz del árbol. Un instante después conocía la voz, porque la había oído veinte veces al otro lado de la mesa. Era la voz del doctor; la oí tan ciertamente como usted oye ahora la mía.

Tras un momento de silencio continuó:

-Me evadí del bosque, sin saber apenas por qué, agitado por la emoción y la perplejidad. Al salir a la débil luz de la luna, vi al viejo abogado en pie e inmóvil, pero mirándome como un mochuelo. Al menos, la luz encendía su rojo cabello, pero su rostro cuadrado permanecía en la sombra. Yo sabía, como si hubiera podido leer en él, que era el rostro de un juez inexorable.

Se retrepó otra vez en el banco, sonrió levemente y añadió:

-Sólo que, como tantos otros jueces inexorables, esperaba con toda paciencia el momento de ahorcar al que no lo merecía.

-Y el hombre que merecía ser ahorcado... -dijo Paynter maquinalmente.

Treherne se encogió de hombros, se recostó en el banco y se puso a jugar con el jarro vacío.

4 La persecución de la verdad

Poco tiempo después de la indagatoria, terminada con el poco concluyente veredicto que el propio Andrew Ashe había predicho y pronunciado, Paynter se hallaba una vez más sentado en el banco de la posada teniendo frente a sí, sobre el velador, un gran vaso de cerveza fuerte, que él apreciaba mucho más como color local que como bebida. No tenía en el banco más que un compañero, y este era nuevo, porque la plazuela del mercado estaba desierta en aquella hora. Por otra parte, él se había hallado últimamente muy solo. No le entristecía esto, porque se parecía a su gran paisano Walt Whitman en que llevaba una especie de universo consigo, como un paraguas abierto; pero no se sentía únicamente solo, sino abandonado. Porque Ashe se había ido de pronto a Londres, y desde su vuelta había estado ocupado oscuramente en asuntos legales indudablemente relacionados con el asesinato. Treherne hacía tiempo que había ido a ocupar abiertamente en la gran casa su puesto como marido de la gran dama; y él y ella se hallaban ocupados en efectuar grandes reformas en la propiedad. La dama, especialmente, siendo de aquella clase de personas cuyos sueños impulsan a la acción, estaba modificando el paisaje como si fuese con gestos de gigante. Era natural, pues, que un espíritu tan sociable como Paynter tratara de entablar conversación con el único forastero que, además de él, se alojaba en la posada, y que era evidentemente un ave de paso como él mismo.

Este hombre, que fumaba una pipa sentado a su lado en el banco, con la mochila delante sobre la mesa, era un artista que había ido a pintar a aquella costa romántica; un tipo alto, con chaqueta de terciopelo, greñas de color de estopa y una larga barba rubia, en contraste con los ojos, de color pardo oscuro, cuyo contraste, sin saber por qué, hacía pensar vagamente a Paynter en un ruso. El forastero había llevado su mochila a muchos rincones pintorescos y había obtenido permiso para plantar su caballete en la terraza donde el difunto squire había dado sus banquetes al aire libre. Pero Paynter nunca había tenido ocasión de juzgar el trabajo del artista, ni encontraba fácil inducir al artista a hablar de su arte. Cyprian, por su parte, estaba siempre pronto a hablar de cualquier arte, y lo hizo excelentemente, pero sin obtener mucha correspondencia. Dio sus razones para preferir los cubistas al culto de Picasso; pero su nuevo amigo parecía interesarse muy poco por los unos y por el otro. El crítico insinuó que tal vez los neoprimitivos no hacían, después de

todo, otra cosa que adelgazar su línea, mientras que los verdaderos primitivos la robustecían; pero el forastero pareció acoger la insinuación sin conmoverse. Cuando Paynter hubo retrocedido hasta los postimpresionistas para hallar un terreno común, sin encontrarlo, otros recuerdos empezaron a acudirle a la memoria. Estaba precisamente reflexionando, un poco confusamente, en que, después de todo, el cuento de los árboles pavo real necesitaba un misterioso desconocido para acabar de redondearse, y este hombre tenía mucho el aire de serlo, cuando el misterioso desconocido dijo de pronto:

-Me parece que será mejor que le muestre el trabajo que estoy haciendo aquí.

Tenía ante sí, sobre la mesa, su mochila, y sonrió de un modo algo torvo al empezar a desatarla. Paynter miró con educada expresión de interés; pero quedó muy sorprendido cuando el artista desempaquetó y dejó encima de su mesa, no ninguna obra de arte reconocible, ni siquiera de las más cubistas, sino primero un cuadro lleno de notas escritas con tinta negra y encarnada, y después, para gran asombro del americano, el hacha del viejo leñador con la envoltura de trapo que Paynter mismo había hallado en el pozo tiempo atrás.

-Siento sobresaltarle, señor -dijo el artista ruso con marcado acento londinense-. Pero vale más que le diga francamente que soy policía.

-No lo parece usted -dijo Paynter.

-No se supone que lo sea -respondió el otro-. Míster Ashe me hizo venir del Yard para investigar; pero me dijo que me dirigiera a usted cuando tuviera algo sobre que trabajar. ¿Le gustaría que entráramos en materia ahora? Cuando me encargué de este asunto -explicó luego el detective- lo hice a requerimiento de míster Ashe, y, por supuesto, según los planes de míster Ashe, que es un gran criminalista, con una magnífica cabeza llena como el calendario de Newgate. Tomé como base de trabajo su idea de que solamente ustedes, los cinco caballeros reunidos alrededor de la mesa del jardín del squire, conocían los movimientos del squire. Pero ustedes, señores, si puedo decirlo así, acostumbran a olvidar ciertas cosas y personas a las cuales se nos ha enseñado a nosotros a considerar en primer término. A medida que yo iba siguiendo las investigaciones de míster Ashe a través de las etapas que usted ya conoce y de ciertas sospechas que no es necesario discutir, porque han sido abandonadas, hallé que la cosa acababa apuntando, después de todo, a algo que yo hubiera tomado en consideración desde el principio. Para empezar, no es verdad que hubiera solamente cinco hombres alrededor de la mesa. Había seis.

Las extrañas circunstancias de aquella velada en el jardín se representaron vagamente a Paynter; y este pensó en un fantasma o algo más indescriptible que un fantasma. Pero la palabra mesurada del detective le ilustró en seguida:

-Había seis hombres y cinco caballeros, si quiere usted expresarlo así -continuó-. Miles, el mayordomo, vio desaparecer al squire tan claramente como ustedes; y pronto descubrí que Miles era un hombre muy digno de que se le prestara atención.

Una luz de inteligencia apareció en el rostro de Paynter.

-Entonces era eso, ¿verdad? -musitó-. ¿Todo nuestro misterio mitológico acaba con un policía que detiene a un mayordomo? Bien; convengo con usted en que Miles está lejos de ser un mayordomo ordinario, ni siquiera en el aspecto; y la falta de imaginación es mía. Como muchas faltas de imaginación, se debió simplemente a esnobismo.

-No vayamos tan de prisa -observó el agente, impasible-. Yo solo he dicho que vi que las indagaciones apuntan a Miles y que este era digno de atención. Gozaba de la confianza del squire mucho más de lo que muchos suponían; cuando le interrogué, me dijo muchas cosas que valía la pena saber. Lo tengo apuntado en estas notas; pero, por el momento, solo quiero hacerle observar un detalle. Una noche, este mayordomo estaba ante la puerta del comedor del squire cuando oyó el rumor de una discusión violenta; pero lo curioso de esta escena consistió en que el otro caballero era el más violento de los dos. Miles le oyó decir precipitadamente que el squire era una calamidad pública y que su muerte sería un alivio para todo el mundo. Sólo me detengo ahora para decirle que el otro caballero era el doctor Burton Brown, el médico de este pueblo.

»El siguiente interrogatorio que hice fue el de Martin, el leñador. Sobre un punto, al menos, su testimonio es perfectamente claro y, como usted verá, se halla plenamente confirmado por otros testigos. Dijo primero que el doctor le impidió que recuperara su hacha, y esto queda corroborado por míster y mistress Treherne. Pero dice, además, que el doctor confesó tener la herramienta en su poder, y esto también está confirmado en otra declaración por el jardinero, quien vio al doctor, algún tiempo después, volver solo y recoger el hacha. Martín dice que el doctor Brown repetidamente se negó a entregársela, alegando cada vez algún pretexto imaginario. Finalmente, míster Paynter, oiremos el testimonio del hacha misma.

Puso la herramienta del leñador sobre la mesa que tenía delante y empezó a rasgar y desenvolver la curiosa envoltura de tela que rodeaba el mango.

-Reconocerá usted que esto es un extraño vendaje -dijo-. Y precisamente lo que tiene de raro es que realmente se trata de un vendaje. Esta tela blanca es de la clase que se usa en los hospitales, cortada en tiras como esta. Muchos doctores procuran tenerla en casa; cuento con el testimonio de Jake el pescador, con quien el doctor

Brown ha vivido algún tiempo, de que el doctor tenía esta útil costumbre. Por último -añadió aplanando el extremo de la tira sobre la mesa-, ¿no es extraño que esté marcada T. B. B.?

El americano miró las iniciales groseramente marcadas en tinta; pero apenas las vio. Lo que vio, como en un espejo de su memoria oscurecida, fue la negra figura con los negros guantes destacándose bajo la roja y sanguinolenta puesta de sol, tal como él la había visto al salir del bosque y cuyo recuerdo le había perseguido siempre no sabía por qué.

-Naturalmente, ya veo lo que quiere usted indicar -dijo-, y me es muy doloroso, porque yo conocía y respetaba a este hombre. Pero, verdaderamente esto está lejos de explicarlo todo. Puede ser un asesino, pero, ¿es también un mago? ¿Por qué toda el agua del pozo se evaporó en una noche y dejó los huesos del difunto secos como el polvo? Esto es una operación corriente en los hospitales, ¿verdad?

-En cuanto al agua tenemos una explicación -dijo el detective-. No di en ello de momento porque soy londinense; pero una pequeña charla con Jake y el otro pescador sobre los viejos tiempos del contrabando me puso sobre la pista. Con todo, confieso que los restos enjutos aún nos tienen a todos en un brete. De todas maneras...

Una sombra cayó sobre la mesa, y su conversación fue bruscamente interrumpida. Ashe estaba de pie bajo la pintada muestra, vestido siniestramente de negro, abrochado hasta el cuello y con la cara de juez inexorable de la que había hablado el poeta, visible ahora a la luz del sol. Detrás de él estaban muy quietos dos hombres vestidos de paisano; pero Paynter conoció al instante quiénes eran.

-Hemos de ponernos en movimiento en seguida -dijo el abogado-. El doctor Burton se va del pueblo.

El alto detective se levantó de un salto, y Paynter instintivamente le imitó.

-Ha ido a ver a Treherne, probablemente para despedirse -continuó Ashe, hablando rápidamente. Lo siento, pero le hemos de detener en el jardín mismo, si es necesario. Me parece que he logrado alejar a la señora. Usted -dirigiéndose al fingido paisajista- debe ir enseguida allí y plantar su caballete cerca de la mesa y estar dispuesto. Nosotros le seguiremos sin hacer ruido y nos pondremos detrás del árbol. Hemos de andar con cuidado, porque es evidente que se ha tragado la partida, o de otro modo no intentaría escapar.

-No me gusta hacer este papel -observó Paynter mientras subían hacia el parque y el jardín, detrás del detective, que iba corriendo.

-¿Cree usted que me gusta a mí? -preguntó Ashe; y, en efecto, su rostro enérgico aparecía tan arrugado y viejo, que su rojo cabello parecía artificial como una peluca roja-. Le conozco desde hace más

tiempo que usted, aunque tal vez hace también más tiempo que sospecho de él.

Cuando alcanzaron lo alto del jardín, el detective había ya erigido su caballete, aunque una fuerte brisa que soplaba hacia el mar batía y sacudía su aparato, revolviendo su rubia barba postiza. Nubecitas rizadas, como si fuesen plumas, corrían apresuradas hacia el mar por encima del paisaje multicolor que el crítico americano había contemplado una mañana más feliz; pero no es muy seguro que el pintor paisajista les prestara gran atención. Se podía distinguir confusamente a Treherne en la puerta de la que era ahora su casa; no quería acercarse más porque odiaba aquel deber público más acerbamente que ninguno de ellos. Los demás se apostaron a cierta distancia detrás del árbol. Entre las líneas de estas disimuladas baterías podía verse la negra figura del doctor, que atravesaba el prado marchando recto como una bala, como había hecho el día que trajo las malas noticias al leñador. Hoy sonreía bajo el negro bigote recortado, aunque se les antojó verle un poco pálido, y parecía detenerse un momento a contemplar al artista a través de sus anteojos.

El artista se desvió de su caballete con un movimiento natural, y después, como un relámpago, asió al doctor por el cuello de la chaqueta.

-Le detengo... -empezó.

Pero el doctor Brown se libertó de sus manos con sorprendente prontitud, saltó sobre el otro, le arrancó la falsa barba, echándola a volar como si fuera una de las alborotadas hilachas de la nube y luego, con un furioso puntapié, volcó el caballete y echó a correr como una liebre en dirección a la playa.

Hasta en aquel momento de confusión, sintió Paynter que esta salvaje acogida era una novedad sorprendente; pero no tuvo tiempo para ningún análisis, porque él y toda la partida hubieron de seguir la caza, con Treherne cerrando la marcha lleno de una curiosidad y de una energía renovadas.

El fugitivo chocó con uno de los policías que corría a cortarle el paso, haciéndole caer por la pendiente con las piernas abiertas. Parecía estar animado con las fuerzas de un mono furioso. Salvó de un salto el florido antepecho donde una vez se había asomado Bárbara para mirar a su futuro amante, y bajó, dando brincos con cierta velocidad, el empinado camino que el trovador había subido. Tras él, corriendo a la par del furioso viento, cruzaron todos el jardín, siguieron camino abajo y, finalmente, alcanzaron la playa, junto a la cabaña del pescador y a las grietas y cavernas, que el americano había admirado al desembarcar. El fugitivo, sin embargo, no se dirigió a la casa que había habitado tanto tiempo, sino al muelle, como si quisiera apoderarse de un bote o huir a nado. Sólo que al llegar al extremo del

pequeño embarcadero se volvió, mostrando el pálido rostro con sus antiparras, y vieron que todavía estaba sonriendo.

-Casi me alegro de esto -dijo Treherne con un gran suspiro-. Este hombre está loco.

Sin embargo, lo natural del tono con que el doctor les habló, les sobresaltó casi tanto como pudiera haberlo hecho un alarido.

-Señores -dijo-, no quiero dilatar el cumplimiento de su penoso deber preguntándoles qué es lo que desean; pero les pediré en seguida un pequeño favor que en ningún modo ha de perjudicar este deber. He bajado tal vez un poco precipitadamente; pero la verdad es que creía llegar tarde a una cita-. Miró tranquilamente su reloj-. Resulta que aún faltan quince minutos. ¿Quieren ustedes esperar conmigo este pequeño espacio de tiempo, después del cual estaré completamente a su disposición?

Hubo un aturdido silencio, al cabo del cual dijo Paynter:

-Por mi parte, me parece que sería realmente mejor complacerle.

-Ashe -dijo el doctor con una nueva nota de seriedad-, en nombre de nuestra antigua amistad, concédame usted este último y pequeño favor. En nada cambiará las cosas; no tengo armas, ni medio de escapar; puede usted registrarme si quiere. Ya sé que usted cree obrar en justicia, y también sé que lo hará tan imparcialmente como pueda. Después de todo, usted tiene amigos que le ayudan; mire usted a nuestro amigo de la barba o de los restos de la barba. ¿Por qué no he de tener yo un amigo que me ayude? Dentro de unos minutos, estará aquí un hombre en quien pongo mi confianza, una gran autoridad en estas cosas. Aunque no sea más que por curiosidad, ¿por qué no esperarle y oír su opinión sobre el caso?

-Todo esto parece cosa de lunáticos -dijo Ashe-; pero, por si acaso pudiera hacerse un poco de luz, aunque fuese viniendo de la luna, no me importa esperar un cuarto de hora. No sé quién puede ser ese amigo; algún detective aficionado, supongo yo.

-Gracias -dijo el doctor con dignidad-. Pienso que le hará caso cuando haya hablado un poco con él. Ahora -añadió con el aire de pasar a temas más superficiales- hablemos del asesinato.

Se sentó en una roca y empezó a hablar con un aire absurdo de conferenciante que desciende al nivel de sus oyentes.

-Sospecho que este caso -dijo con voz sin inflexiones- resultará único. Hay una prueba testifical clara y concluyente contra Thomas Burton Brown, o sea yo mismo. Pero hay una peculiaridad en esta prueba que tal vez ustedes ya habrán notado. Todo viene, en definitiva, de una sola fuente y de una fuente no muy usual. Así, el leñador dice que yo tenía su hacha; ¿qué es lo que se lo hace pensar? Dice que yo le dije que tenía su hacha; que se lo dije repetidamente. Por otra parte, míster Paynter, aquí presente, sacó el hacha del pozo;

pero ¿cómo? Me parece que míster Paynter atestiguará que yo le traje los aparejos para pescarla; aparejos que, de otro modo, no hubiera obtenido. Es curioso, ¿verdad? Además, el hacha estaba envuelta en vendas que se hallaban en mi poder, según declara el pescador. Pero ¿quién mostró las vendas al pescador? Yo mismo. ¿Quién las marcó como mías con grandes letras? Yo mismo. Es un poco raro que lo hiciera.

¿Se lo ha explicado alguien?

Sus palabras, oídas al principio con dolorida indiferencia, iban reteniendo cada vez más la atención de todos.

-Luego está el pozo -prosiguió el doctor con el mismo aire de insensata calma-. Supongo que alguno de ustedes conoce a estas horas su secreto. El secreto del pozo es sencillamente que no es un pozo. Está expresamente conformado por la parte de arriba de manera que lo parezca; pero en realidad es una corta chimenea abierta en el techo de una de aquellas cuevas; una cueva que se mete tierra adentro hasta debajo del bosque y, de hecho, se comunica por túneles y pasadizos secretos con otras aberturas a muchas millas de distancia. Es una especie de laberinto usado desde hace siglos por contrabandistas y gentes por el estilo. Esto explica indudablemente muchas de aquellas desapariciones de las que hemos oído hablar. Pero, volviendo al pozo, que no es un pozo, por si alguno de ustedes no está enterado todavía, les diré que cuando el mar sube mucho en ciertas épocas, llena la cueva de abajo y hasta asciende un poco por la chimenea de arriba, haciéndole parecer más que nunca un pozo. El ruido que oyó míster Paynter fue el natural reflujo de una ola, y todo el experimento descansaba en algo tan elemental como la marea.

La sorpresa hizo romper bruscamente el silencio al americano.

-¡La marea! -dijo-. ¡Y ni siquiera se me había ocurrido! Me imagino que esto es a causa de vivir a orillas del Mediterráneo.

-Lo que sigue después resultará evidente -continuó el orador- para un espíritu lógico como, por ejemplo, el de míster Ashe. Si preguntamos por qué, aun así, la marea no se llevó los restos del squire, que habían estado allí desde su desaparición, solo hay una respuesta posible. Los restos no habían estado allí desde su desaparición. Los restos habían sido puestos allí con toda intención, en la caverna bajo el bosque, y puestos allí después de hacer míster Paynter su primera investigación. Fueron puestos allí, en resumen, después de que el mar se hubo retirado y cuando la caverna volvía a estar seca. He aquí por qué los huesos estaban secos; por supuesto, mucho más secos que la caverna. Yo pregunto: ¿quién los puso allí?

Miraba gravemente a través de sus anteojos por encima de sus cabezas, y de pronto se sonrió.

-¡Ah! -exclamó saltando con presteza de la roca-. ¡Por fin, tenemos

aquí al detective aficionado!

Ashe volvió la cabeza y, durante unos segundos, se quedó inmóvil, como si se le hubiera envarado el cuello. En el acantilado que tenía detrás había una de las grietas o rajas que lo cortaban por todas partes. Saliendo de ella hacia el sol, como si fuera por una estrecha puerta, venía el squire Vane con el rostro dilatado por una sonrisa.

El viento soplaba desde lo alto del acantilado en dirección al mar, pasando por encima de sus cabezas, y ellos tuvieron la impresión de que todo pasaba por encima de sus cabezas y fuera de su dominio. Le pareció a Paynter que el viento se le llevaba la cabeza como se lleva un sombrero. Pero esta loca ventolera no pareció mover un pelo de la cabeza del squire, cuyo porte, aunque satisfecho y rayando en la fanfarronería, parecía tanto o más tranquilo que en días pasados. Su roja cara, sin embargo, estaba curtida como la de un marinero y sus vestidos claros tenían un aire exótico.

-Bien, señores -dijo jovialmente-, esto es el final de la leyenda de los árboles pavo real. Siento estropear aquel delicioso cuento del viajero, míster Paynter, pero la broma no podía durar siempre. Siento poner punto final a su mejor poema, míster Treherne; pero pensé que toda esa poesía había ido ya demasiado lejos. Así pues, el doctor Brown y yo les hemos preparado una pequeña sorpresa. Puedo decir, sin vanidad, que parecen ustedes algo sorprendidos.

-¿Qué demonio -preguntó Ashe por fin- significa todo esto?

El squire se rió agradablemente y hasta como si se disculpara.

-Temo ser aficionado a las bromas -dijo- y supongo que esta es la última broma y la mayor de mis bromas. Pero quiero que entiendan ustedes que la broma es realmente práctica. Tengo la convicción de que será prácticamente muy útil para la causa del progreso y del sentido común, y de que acabará definitivamente con estas necias supersticiones. Lo mejor de ella, confieso, fue idea del doctor y no mía. Todo lo que yo me proponía hacer era pasar una noche en los árboles y después volver tan campante a decirles cuán simples eran ustedes. Pero el doctor me siguió al bosque y los dos tuvimos una conversación que alteró un poco mis planes. Él me dijo que una desaparición así, de solo unas horas, no acabaría esta tontería; muchos ni se enterarían de ello, y los que se enterasen dirían que una noche no probaba nada. Me indicó un medio mejor, que había utilizado varias veces para desenmascarar falsos milagros. Lo que procedía era hacer que la cosa fuese tenida en todas partes por un milagro y después demostrar en todas partes que había sido un milagro falsificado. Yo no puedo aducir todas sus razones como lo hizo él; pero me parece que la idea era esta.

El doctor asintió en silencio, sin dejar de contemplar la arena, y el squire continuó con la misma complacencia.

-Resolvimos que yo bajaría por el pozo a la cueva y me iría, por los túneles donde acostumbraba jugar de chiquillo, a una estación distante algunas millas de aquí, y allí tomaría un tren para Londres. Era necesario para la broma, naturalmente, que yo desapareciera sin dejar rastro; así pues, me dirigí a un puerto, y he pasado dos meses muy agradables volviendo a visitar el teatro de mis antiguas correrías en Chipre y el Mediterráneo. No hay más que decir sobre esta parte del asunto, salvo que me había comprometido a estar de vuelta en un tiempo dado; y aquí estoy. Pero he oído bastante de lo que ha ocurrido aquí para quedar convencido de haber logrado lo que me proponía. Todo el mundo en Cornualles y mucha gente del sur de Inglaterra ha oído hablar del squire desaparecido; miles de mentecatos han estado inclinando sus cabezas sobre naipes y bolas de cristal ante esta maravillosa prueba de la existencia de un mundo invisible. Cuento con que el squire reaparecido esparcirá sus naipes y romperá sus cristales, de modo que tales tonterías no vuelvan a aparecer en el siglo veinte. Yo haré que los árboles pavo real sean la risa de toda Europa y América.

-Bien -dijo el abogado, quien fue el primero en volver de su asombro-; estoy seguro de que a todos nos encanta el volverle a ver, squire, y comprendo perfectamente su explicación y los motivos muy naturales que le han impulsado en este asunto. Pero temo no ver aún el quid de todo ello. Usted quería desaparecer; pero ¿era necesario colocar falsos huesos en la cueva para poner al doctor Brown en peligro de que le ahorcasen? Y ¿quién los puso allí? El aserto parecerá completamente descabellado; pero, hasta donde yo puedo colegir, quien parece haberlos puesto es el mismo doctor Brown.

El doctor levantó la cabeza por primera vez.

-Sí; yo puse los huesos allí -dijo-: creo ser el primer hijo de Adán que ha fabricado todas las pruebas para que le acusen de asesinato.

Fue ahora al squire a quien le tocó asombrarse. El anciano señor miró un poco aturdido a los circunstantes, uno después de otro.

-¡Huesos! ¡Acusación de asesinato! -exclamó-. ¿Qué demonios es todo esto, por favor? ¿Los huesos de quién?

-Los huesos de usted, por decirlo así -concedió delicadamente el doctor-. Yo tenía que asegurar que usted había muerto realmente, y no desaparecido por encantamiento.

El squire, a su vez, parecía más irremediablemente perplejo de lo que había estado todo el grupo de sus amigos con motivo de su fuga.

-¿Por qué no? -preguntó-. Yo creía que todo el quid estaba en que la cosa pareciera de encantamiento. ¿Por qué deseaba usted tanto que yo muriera?

El doctor Brown había levantado la cabeza; y ahora, muy despacio, levantó también la mano. Señaló con el brazo extendido el

promontorio que avanzaba sobre la playa, precisamente encima de la entrada de la cueva. Era exactamente la parte de la playa donde desembarcó Paynter aquella mañana de primavera en que por primera vez contempló maravillado los árboles pavo real. Pero los árboles habían desaparecido.

El hecho en sí no era una sorpresa para ninguno de ellos; la tala había sido, naturalmente, una de las primeras reformas radicales del régimen Treherne. Pero, aunque todos lo sabían muy bien, lo habían olvidado completamente, y su significado se les apareció de pronto como un signo del cielo.

-Esta es la razón -dijo el doctor-. Hace catorce años que trabajo para conseguirlo.

Ya no miraban al talado promontorio, en cuya cumbre la vista de los árboles plumíferos les había llegado a ser tan familiar; porque tenían otra cosa a que atender. El que hubiera visto al squire entonces habría modificado su opinión sobre dónde había que buscar al loco de aquel grupo. En un santiamén se vio que el cambio había caído sobre él como un rayo; que él por lo menos, no había tenido nunca la más lejana sospecha de que el cuento del squire desaparecido pudiera ser el preludio del de los árboles desaparecidos. Pasó la media hora siguiente en estallidos de cólera y en reproches, que poco a poco fueron convirtiéndose en demandas de explicación y preguntas incoherentes repetidas una y otra vez. Al fin tuvieron materialmente que sujetarle, a pesar del respeto que le tenían, antes de obtener espacio y silencio para que el doctor refiriera su historia. Era, acaso, una historia singular que solo él había ido conociendo; y aunque su narración no fue interrumpida se puede exponer seguidamente en sus propias palabras.

-En primer lugar, deseo que quede bien entendido que no creo en nada. Ni siquiera doy nombre a la nada en que no creo; de otro modo, sería un ateo. Ni por asomo se me ha ocurrido pensar nunca en el cielo ni en el infierno. Pienso que muy probablemente somos unos gusanos que se arrastran por el fango; pero ocurre que sufro por los demás gusanos que se hallan bajo la rueda. Ocurre que yo mismo soy una especie de gusano que da la vuelta cuando puede. Nada me importa la religión y menos la poesía. No soy corno míster Ashe, que está atiborrado de criminología, pero posee también una cultura de otra clase. Yo no entiendo nada de cultura, corno no sea de bacteriocultura. A veces se me antoja que Ashe es tan crítico de arte corno míster Paynter, solo que busca sus héroes y villanos en la vida real. Pero yo soy un hombre muy práctico; y las piedras en que he asentado los pies han sido sencillamente hechos científicos. En este pueblo encontré un hecho: una fiebre. No podía clasificarla; parecía peculiar de este rincón de la costa; tenía singulares reacciones de

delirio y derrumbamiento mental. Lo estudié exactamente, como hubiera estudiado un caso raro en el hospital. Sostuve correspondencia y cambié impresiones sobre él con otros hombres de ciencia. Pero nadie podía ofrecer ni siquiera una hipótesis práctica sobre el caso, descartando por supuesto, a los ignorantes lugareños, que decían que los árboles pavo real, de alguna extraña manera, eran ponzoñosos.

»Pues bien, los árboles pavo real eran ponzoñosos. Los árboles pavo real producían fiebre. Yo comprobé el hecho de la manera sencilla y laboriosa que era viable, comparando todos los grados y detalles de un gran número de casos; y el número de los que había para comparar era espantoso. Al final había descubierto el problema igual como Harvey descubrió la circulación de la sangre. Todo el mundo empeoró al estar cerca de los árboles; los que resultaban indemnes eran precisamente la excepción que confirma la regla, gente anormalmente robusta y enérgica, como el squire y su hija... Pero, si yo lo dijera así, alguien gritaría: « ¿Pero usted cree entonces que se trata de algo sobrenatural?» De hecho, esto es exactamente lo que dirían todos ustedes; y esto es exactamente de lo que yo me quejo. Imagino que se ha dejado morir a centenares de hombres y se han dejado enfermedades por descubrir a causa de ese recelo de la superstición, ese estúpido miedo al miedo. A no ser que desde el principio ustedes vean la luz a través del bosque de hechos, ustedes no quieren arriesgarse a entrar en el bosque. A no ser que les podamos prometer de antemano que habrá lo que ustedes llaman una explicación natural, para salvar de los milagros su preciosa dignidad, ustedes no quieren ni siquiera oír el principio del sencillo cuento. ¡Supongan ustedes que no haya una explicación natural! ¡Supongan ustedes que la haya y que nosotros no la encontremos nunca! ¡Supongan ustedes que yo no tenga idea de si la hay o no la hay! ¿Qué demonio tiene que ver con ustedes o conmigo tratándose de hechos que yo conozco? Mi instinto me lleva a pensar que la hay; que si mis investigaciones pudieran llegar suficientemente lejos, se hallaría que una horrible parodia de la fiebre del heno, un efecto análogo al del polen, explicaría todos los hechos. Yo no he encontrado la explicación. Lo que he encontrado son los hechos. Y el hecho es que aquellos árboles de allá arriba sembraban la muerte en derredor, tan ciertamente como si hubieran sido gigantes subidos en una colina y derribando hombres a montones con una clava. Se diría que no tenía más que presentar mis pruebas para que se suprimiera el peligro. Tal vez con el tiempo hubiera yo convencido al mundo científico, cuando procesiones y procesiones de muertos hubieran pasado por el pueblo camino del cementerio. Pero yo no tenía que convencer al mundo científico, sino al señor del castillo. El squire me perdonará si digo que era una cosa muy distinta. Lo ensayé

una vez; perdí la paciencia y dije cosas que no quiero justificar; y dejé los prejuicios del squire arraigados de nuevo como los árboles. Me hallaba enfrentado con una coincidencia colosal que obstaculizaba todos mis designios. Una cosa hacía que toda mi ciencia pareciera desatino. Era una leyenda popular.

»Squire; si hubiera una leyenda de la fiebre de heno, usted no creería en la fiebre de heno. Si hubiera un cuento popular sobre el polen, usted diría que el polen no es más que un cuento popular. Yo tenía contra mí algo más fuerte y más irremediable que la hostilidad de los ilustrados; tenía el apoyo de los ignorantes. Mi verdad estaba complicada sin remedio con un cuento que los ilustrados estaban enteramente resueltos a mirar como una mentira. Nunca más intenté explicarlo; por el contrario, me disculpé, fingí una conversión a la opinión sensata y aguardé los acontecimientos. En todo este tiempo las líneas de un plan más grande y más tortuoso empezaron a dibujarse en mi mente. Yo sabía que miss Vane, estuviera o no casada con Treherne, como descubrí que lo estaba, se hallaba bajo su influencia a tal punto, que el primer día de entrar en posesión de su herencia sería el último de los árboles ponzoñosos. Pero ella no podía heredar, ni siquiera intervenir, hasta que el squire hubiera muerto. Resultaba sencillamente evidente para un espíritu racional que el squire tenía que morir. Pero como soy humano a la par que racional, deseaba que su muerte fuese solo temporal.

»Indudablemente, mi plan fue completado por un capítulo de accidentes; pero yo estaba esperando estos accidentes. Así, yo tuve un presentimiento de cómo figuraría el hacha en el cuento cuando la vi arrojada contra los árboles. El leñador se hubiera sorprendido de descubrir cuán parecidos eran nuestros pensamientos y cómo yo estaba poniendo un sitio más complicado en la torre de la pestilencia. Pero cuando el squire espontáneamente corrió a lo que la mitad del país hubiera llamado una muerte segura, yo tomé la ocasión por los cabellos. Le seguí y le dije todo lo que él les ha contado. Me figuro que no me perdonará nunca; pero esto no me impedirá decir que le admiro enormemente por ser lo que la gente llamaría un loco, pero que en realidad se reduce a tener un espíritu deportivo. Hay que ser un gran hombre para realizar una broma de gran estilo. Bajó tan deprisa del árbol donde se había subido, que no tuvo tiempo de descolgar el sombrero de la rama en que se le había enganchado.

»Al principio hallé que había equivocado mis cálculos.

Había creído que su desaparición sería tomada por su muerte, por lo menos después de un cierto tiempo; pero Ashe me dijo que no podía haber formalidades si no había un cadáver. Esto me apuró bastante, pero pronto me puse a fabricar un cadáver. No es difícil para un médico procurarse un esqueleto; efectivamente, obtuve uno, pero la

diligencia del señor Paynter le hizo adelantarse en un día y tuve que poner los huesos en el pozo, cuando él ya lo había descubierto. Su historia, sin embargo, me dio otra oportunidad; noté dónde estaba el agujero en el sombrero e hice otro en el cráneo que correspondiera exactamente con él. El motivo de que creara los otros indicios puede no parecer tan claro. Puede no resultar del todo evidente para ustedes que yo no soy un demonio en forma humana. Yo no podía disimular un asesinato sin, por lo menos, sugerir un asesino, y había resuelto que si el crimen había de achacarse a alguien fuese a mí. Así, no me sorprende que ustedes se quebraran la cabeza buscando qué objeto podía tener la tela que envolvía el mango del hacha, porque no tenía ningún objeto, excepto el de culpar al hombre que lo puso allí. La investigación tenía que terminar en mí, y cuando ya el cerco se iba estrechando, la broma empezó a pesarme. Temo que me tomé algunas libertades con el caballete y la barba de este señor. Yo era la única persona que podía correr este riesgo, porque era la única persona que en último término podía hacer aparecer al squire y demostrar que el crimen no había existido. Esta, señores, es la historia verdadera de los árboles pavo real; y aquel risco desnudo donde silba el viento como podía silbar en el desierto es un vasto espacio para hacer el cual he trabajado yo como han trabajado muchos hombres para hacer una catedral.

»No creo que haya nada más que decir. No obstante, algo bulle en mi sangre, y voy a intentar explicarlo. ¿No podía usted haber confiado más en estos lugareños en los cuales confiaba tanto? Estos hombres son hombres, y querían decir algo; ni siquiera sus padres fueron enteramente mentecatos. Si su jardinero le hablaba de los árboles, le llamaba usted un loco; pero él no planeaba y plantaba su jardín como un loco. Usted no hubiera confiado estos árboles a su leñador, pero le confiaba todos los restantes. ¿Ha pensado usted cómo sería todo el trabajo del mundo si los pobres estuvieran tan faltos de juicio como usted se figura? Pero no; ustedes se agarran a su principio racional. Y su principio racional es que una cosa tiene que ser falsa porque miles de hombres la han encontrado verdadera; que porque muchos ojos humanos han visto algo, este algo no puede existir.

Miró a Ashe con una especie de desafío; pero aunque el aire del mar agitaba la roja melena del viejo abogado, su máscara napoleónica estaba distendida; incluso había una especie de belleza en su nueva benignidad.

-Estoy ahora demasiado contento al pensar en cómo me he equivocado -respondió- para discutir con usted, doctor, acerca de sus teorías. No obstante, para hacer justicia al squire, y hasta a mí mismo, tendría que oponer algo a sus avasalladoras deducciones. Yo respeto a estos labradores, respeto la estima en que usted los tiene; pero sus

cuentos son harina de otro costal. Pienso que lo haría todo por ellos menos creerlos. La verdad y la fantasía, al fin y al cabo, andan mezcladas en ellos cuando en la gente instruida están separadas; no sé si usted ha reflexionado en lo que implicaría el creerlo todo bajo su palabra. La mitad de los espíritus de los muertos por la fiebre puede que a estas horas estén rondando por ahí, y, a pesar de lo buena que es esta gente, la creo todavía muy capaz de quemar a una bruja. No, doctor; reconozco que esta gente ha sido muy mal tratada; confieso que en muchos aspectos es mejor que nosotros; pero, a pesar de ello, no podría aceptar nada fiado en su testimonio.

El doctor se inclinó grave y respetuosamente y después, por última vez en aquel día, dejó ver su sonrisa un poco siniestra.

-Esto es -dijo-. Pero me hubiera hecho ahorcar fiado en su testimonio.

Y, volviéndoles la espalda como maquinalmente, miro al pueblo donde durante tantos años había hecho su ronda profesional.